



Roslyn McAvoÿ

*Orlette Geneve*

Roslyn McAvoy

Arlette Geneve

## PRÓLOGO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

# PRÓLOGO

*Ruthvencastle, Tierras Altas, Escocia*

*El carruaje se detuvo en la escalinata que daba acceso al patio de armas. A lady McGregor le sorprendió el silencio del castillo, sobre todo que su hermano Lorenzo no acudiera a recibirla. Había tan poco que hacer en Ruthvencastle, que la llegada de un carruaje provocaba poco menos que una estampida.*

*—Entren el equipaje —le dijo al cochero y al palafrenero—. Yo les abriré la puerta.*

*No había nadie en el salón de recepciones cuando ella entró a la torre del homenaje. Ordenó a los sirvientes que dejaran el baúl en el suelo, y los despidió a continuación porque el carruaje pertenecía al duque de Arun que se lo había prestado para el largo viaje, y tenía que regresar a Crimson Hill.*

*—¿Dónde se han metido todos? —se preguntó Marina.*

*Extrañada de la soledad del castillo, subió a la primera planta y recorrió las alcobas, todas estaban vacías, salvo la de Lorenzo que tenía la puerta cerrada. Tocó con los nudillos.*

*—Lorenzo, ¿estás ahí?*

*Abrió la manivela y empujó la gruesa hoja de madera que chirrió. Marina se dijo que debían engrasarla. Cuando fijó la vista en la cama se percató de que había dos cuerpos en el lecho, era curioso que el sonido horrible no los hubiera despertado. Caminó hacia la ventana, y, a medida que avanzaba, sus ojos iban entrecerrándose, apenas había luz pero podía ver las dos siluetas entrelazadas. De sopetón corrió la espesa cortina y la luz del medio día inundó la estancia.*

*—¡Por Dios, Lorenzo! —exclamó ella estupefacta—. ¿Qué diantres has hecho?*

*El hermano parpadeó sorprendido ante el grito agudo de su hermana.*

*—¡Silencio, Marina, me estalla la cabeza!*

*Cuando Lorenzo levantó la mano para pasársela por los ojos, se percató de que tenía un lazo rojo atado a la muñeca, y, con su movimiento, otra mano se alzó junto a la suya.*

*—¿Qué demonios! —preguntó sorprendido.*

*Marina se llevó la mano a la boca para contener un gemido de espanto. Ella sabía perfectamente qué significaba ese lazo que envolvía las dos manos.*

*—¡Madre mía, Lorenzo, madre mía! —exclamó la hermana superada en emociones.*

*Junto a su hermano había un cuerpo joven boca abajo, solo veía su escandaloso pelo del color de la sangre.*

*—¡Maldito licor escocés! —exclamó Lorenzo con voz inusualmente ronca.*

*Trató de sentarse, y, al hacerlo, el cuerpo dormido junto al suyo se movió, Marina supo que la muchacha había soportado los rigores del alcohol peor que su hermano porque sus gritos no la habían despertado: seguía ajena a todo.*

*—¿Eres consciente de lo que has hecho?*

*Lorenzo estaba a punto de sufrir un infarto porque solo recordaba la fiesta. Había comprado cuatro cajas de licor escocés para llevárselo a Zambra, habían abierto una, y lo habían celebrado. Mientras decidía las palabras que iba a ofrecerle a su hermana, deshizo el lazo que ataba ambas muñecas.*

*—¿Alguien sabe dónde está la cocina? —preguntó una voz tras la espalda de Marina.*

*La mujer se giró, y vio a un completo desconocido que estaba plantado en la puerta de la alcoba de invitados: la que ocupaba en ese momento su hermano. Estaba claro para ella que el hombre no se había desvestido para dormir, y por eso su aspecto se veía tan lamentable como el de su hermano.*

*Tras el hombre, Marina pudo ver que parte del servicio corría por el pasillo en direcciones opuestas.*

*—¿Qué ha sucedido aquí? —preguntó, aunque no hacía falta que nadie respondiera porque intuía muy bien lo que había ocurrido.*

*Marina se giró un tercio hacia la cama donde seguía su hermano que se cubría en ese momento con la sábana.*

*—Te espero abajo, Lorenzo, y confío que tengas una buena explicación que ofrecerme — Marina salió por la puerta rápido—. Haga el favor de seguirme —le dijo al desconocido que se apresuró a cumplir la orden.*

*En su vida Marina había pasado tanta vergüenza. En Ruthvencastle había ocurrido una bacanal, porque de otra forma no se explicaba el desaguizado que había por todas partes. Todos los sirvientes estaban con resaca, como Lorenzo. Debían de haber bebido whisky hasta bien entrada la madrugada.*

*Cuando Lorenzo bajó al salón poco después, caminaba con paso inseguro. Tenía los párpados parcialmente hinchados y el cabello despeinado. Llevaba puesta una bata de seda verde sobre un pantalón negro y una camisa blanca, se había vestido muy deprisa.*

*—¿Quieres explicarme qué has hecho? —le preguntó la hermana.*

*Había poco que decir, pensó Lorenzo.*

*—Bebí demasiado de ese brebaje escocés —se justificó—. Me aseguraron que era el mejor de toda Escocia, y me lo creí.*

*Marina soltó un suspiro largo tratando de serenarse.*

*—No te he preguntado cuánto bebiste, sino el motivo para que Roslyn estuviera contigo en tu cama y desnuda —esa era la parte más difícil porque no lo recordaba.*

—No soy un discolo, Marina, bebí demasiado, y no recuerdo qué sucedió después.

—Que yo los casé —dijo el desconocido que regresaba de las cocinas.

Marina cerró los ojos porque la situación era en verdad desastrosa. Lorenzo se giró hacia el enjuto hombre y lo reconoció: era el mismo que le había vendido el whisky en Edimburgo.

—No es cierto —dijo el noble muy serio.

Marina no tuvo más remedio que sentarse porque le fallaban las piernas. Lorenzo la imitó. El hombre se dirigió al patio, parecía que buscaba algo, ella ignoraba si había encontrado la cocina. Estaba tan conmocionada que poco le importaba que un desconocido anduviera por Ruthvencastle como si fuera por su propia casa.

—Me va a estallar la cabeza —se quejó Lorenzo al mismo tiempo que se masajaba las sienes.

Su hermana se compadeció de él, pero solo un poco. Ordenó a una de las doncellas, que también tenía un aspecto horrible, que le trajera a su hermano un té de cortezas de sauco.

—¿Te has casado con Roslyn? —le preguntó a bocajarro.

Lorenzo se sobresaltó al escuchar la voz de su hermana.

—¿Qué dices, Marina! ¡Es una muchacha!

—Muchacha que sigue en tu cama —le reprochó ella.

—Bueno, es cierto que está en mi lecho —admitió él—, pero desde ya te digo que no es posible que la tratara de forma deshonesta porque estaba muy borracho —se justificó el noble, pero con voz insegura—. Ignoro si pudo desmayarse, si traté de llevarla a alguna alcoba y yo mismo me sentí impedido a lograrlo. Ya me conoces, soy un caballero por excelencia.

Marina se colocó dos mechones de cabellos tras las orejas. Todo estaba desbocado: su futuro, su hija, y ahora su hermano venía a sumar otra complicación más a su vida.

—¿Sabes qué significa el lazo que tenías anudado en la mano junto a la de Roslyn? ¿Lo sabes? —le preguntó.

Lorenzo hizo un gesto negativo con la cabeza.

—¿Qué trataba de protegerla de que se cayera de la cama y se golpeará la cabeza en su estado de embriaguez? —a Lorenzo no se le ocurría otro modo de tratar de superar su bochorno que utilizar el humor.

Marina lo escuchó y deseó abofetearlo. ¿Cómo podía bromear con algo así?

—Es un ritual aquí en las Highlands y se llama Handfasting. La unión de ambas manos con un lazo es una costumbre que simboliza la eternidad. Los escoceses creen que el matrimonio es un acto muy importante en el que no solo se unen dos personas, sino dos almas que...

Lorenzo la interrumpió.

—Calla, Marina, por Dios, ¿qué tratas de decirme?

—*Que te has casado con Roslyn.*

*Lorenzo la miró estupefacto.*

—*¿Mediante un rito pagano?*

—*Es un ritual muy emotivo, y tiene mucho simbolismo.*

—*¡No me he casado con Roslyn!* —*protestó con energía.*

*Entre ambos hermanos se suscitó un silencio que fue interrumpido por una tercera persona.*

—*Claro que se ha casado, señor Del Valle* —*el hombre desconocido acababa de entrar al salón donde ambos hermanos estaban conversando, bueno, Marina conversaba porque Lorenzo deseaba que la tierra se lo tragara.*

*El desconocido traía una taza y bebía de ella. Marina serenó su semblante.*

—*¿Y usted es?*

*El hombre tomó asiento al lado de ellos.*

—*El hombre que me vendió el whisky* —*dijo Lorenzo antes de que el hombre respondiera.*

*Marina alzó las cejas con un interrogante.*

—*Mi nombre es Archibald Dunbar, y soy el párroco de Greyfriars.*

*Ella conocía esa iglesia, estaba cerca de la Torre Vieja, y a pocos pasos del mercado de Grassmark en Edimburgo. Lorenzo miró al hombre como si se hubiera convertido en la maldita serpiente bíblica.*

—*¡No puede ser un sacerdote!* —*exclamó espantado.*

*Marina tenía que haberlo imaginado. Ahora entendía por qué motivo iba por Ruthvencastle como si fuera por su propia parroquia.*

—*¡Fabrica y vende whisky!* —*siguió exclamando el noble con el horror pintado en el rostro.*

—*Como la mitad de los hombres de Escocia* —*susurró Marina.*

—*¡Que no me he casado, joder!* —*volvió a exclamar—. Dejad de decirlo.*

*De pronto, Marina estalló en carcajadas. Miró a su hermano, y volvió a reír con ganas.*

—*Me están dando ganas de zarandearte* —*masculló Lorenzo entre dientes.*

—*Los dos hermanos casado con dos escoceses* —*cantó y rio Marina al mismo tiempo—. Te auguro una vida de casado tan complicada como la mía.*

—*¿Te has vuelto loca, mujer?* —*a Lorenzo no le llegaba la sangre al corazón.*

*Él, no se había casado porque lo recordaría.*

*Había ido hasta Edimburgo para recoger los sementales que en ese momento pacían tranquilos en las cuadras de Ruthvencastle, y Roslyn lo había llevado hasta el lugar donde conoció al hombre que le vendió el whisky. Después de comprarlo, los dos habían regresado al castillo acompañados del hombre que ahora decía que era párroco, el mismo que había traído*

*las cajas de whisky en una carreta de su propiedad. Ante tamaño gesto desinteresado, Lorenzo había abierto una de las cajas y lo había invitado a beber, de hecho, habían bebido incluso los sirvientes, y ya no recordaba nada más salvo las risas y las bromas que surgieron después, y, como guinda, la voz de su hermana recriminándolo.*

*Marina se levantó con lentitud, y con un gesto de pesar en la boca.*

*—Mis felicitaciones por tu boda, conde de Zambra, el gañan más ingenuo de la cristiandad.*

# 1

Roslyn McAvoy nunca había salido de Escocia. Ahora, como señora Del Valle, iba camino del reino de España, y, aunque había sido toda una aventura comenzar el viaje desde Ruthvencastle hasta el puerto de Dover, en la primera noche en el barco que la llevaba a rumbo, casi deseó la muerte. Jamás había navegado, y todavía se preguntaba cómo podía un monstruo de metal moverse tanto en las largas y agonizantes horas que duró la travesía. La nave mantenía una lucha constante con las lenguas de agua que golpeaban la nave de izquierda a derecha, y Roslyn rezó como nunca en su vida para no terminar en el fondo del mar.

La sensación de quedar suspendida en el vacío cuando el barco chocaba contra una ola, era lo más horrible que había padecido en la vida, porque cuando descendía de forma brusca, el infierno se desataba en el interior de ella.

Comenzó a vomitar a última hora de la tarde, y no paró hasta la llegada al puerto de Santander. La muchacha era incapaz de levantar los huesos de la estrecha litera del camarote. No retenía nada en el interior del estómago, tampoco tenía fuerzas para mantenerse en pie, por ese motivo, el resto del viaje hasta Zambra, lo hizo sedada con láudano.

Roslyn no era consciente de cuando paraban en una posada, ni de las cucharadas de sopa que la obligaban a tomar. Ella solo deseaba cerrar los ojos, y que la sensación de angustia y mareo remitiera.

La bañaron, la vistieron, la alimentaron y la cuidaron, pero ella seguía más presente en el mundo de los muertos que en el de los vivos. En un momento de lucidez, que apenas duró unos segundos, Roslyn se juró que si sobrevivía a ese martirio, jamás volvería a subirse a un barco.

Por San Andrés, y por Escocia.

## 2

### *Palacio de Zambra, Andalucía, Reino de España*

Abrió los ojos, y no supo dónde se encontraba. Percibía la suavidad del colchón bajo su dolorido cuerpo, pero ya no sentía el maldito balanceo. Todo estaba quieto a su alrededor, menos su estómago que seguía tan revuelto como el mismo día que embarcó. Trató de moverse, pero una mano la detuvo. Abrió los ojos, y clavó la mirada en la mujer que le sonreía.

—Buenos días, señora.

Ella no la comprendía: la mujer hablaba la misma lengua que su esposo, y, aunque ella se había esforzado en aprenderla, todavía no la dominaba, sobre todo con ese acento. Cuando Lorenzo Del Valle le anunció que lo acompañaría al reino de España, Roslyn dedicó cada hora del día y de la noche a aprender y entender la lengua del reino de su esposo, pero necesitaba más tiempo. Era capaz de mantener una breve y básica conversación, pedir algunas cosas, escribía mejor que hablaba, pero no era suficiente.

—¡Pero sí has despertado! —la voz masculina le llegó por la espalda.

Roslyn se giró con mucho cuidado, y vio el rostro de su esposo que le sonreía. ¡Estaba tan guapo! ¡Y parecía tan sano en comparación con ella!

—Creía que había muerto en esa ballena de metal —respondió con un hilo de voz.

Con Lorenzo se comunicaba en inglés.

La mujer le enjugó el rostro con un paño húmedo que olía a lavanda.

—Eres una pésima marinera —le dijo Lorenzo con una sonrisa, pero en sus ojos se advertía la preocupación que todavía sentía.

Ella intentó responder, pero sintió una nueva arcada. Ya no tenía fuerzas ni para vomitar.

—Carmen te ha preparado un tónico hecho a base de melisa, menta, y salvia, te ayudará.

Durante los siguientes minutos, Lorenzo le habló a la cocinera de Zambra, y Roslyn no entendió nada de lo que decían.

—Rufina debe de estar al llegar —dijo la mujer.

Rufina era una viuda de Añora que venía a ocupar el puesto de doncella personal de Roslyn, además era la hermana menor de Carmen, la cocinera. Lorenzo le tenía mucho afecto a Carmen porque siempre había estado en Zambra cuidando de todos. Cuando él llegó con la escocesa, fue la primera en cuidarla, y no se había separado del lecho de la muchacha salvo para atender la cocina.

—Tomasa y Macarena podrían turnarse para sustituirte —le dijo el noble a la mujer.

Carmen bufó al escucharlo.

—Esas dos necias solo sirven para chismorrear —respondió la mujer que seguía limpiando el rostro de la enferma con el paño húmedo—. Menos mal que saben limpiar bien porque de lo contrario ya estarían despedidas.

El conde se quedó pensativo.

—Ignoraba que durante mi viaje al norte Felisa se había casado, y que Agustina había regresado con su familia —murmuró en voz baja.

Felisa y Agustina eran las antiguas doncellas de Zambra.

—Ha estado muchos meses fuera, señor —respondió la cocinera.

Era cierto. Cuando recibió la carta anunciándole la desaparición de su sobrina Serena, lo había preparado todo para el viaje, salvo que había sido más largo de lo que pensaba.

—¿Y Narciso no podría haber contratado a unas muchachas más cualificadas? —le preguntó el noble.

Narciso Pedroche era el mayordomo de Zambra. El anterior mayordomo, y padre del mismo, se había retirado al campo, pero su hijo llevaba en Zambra casi tantos años como el padre aunque como ayuda de cámara.

—Es imposible encontrarlas en la ciudad de Córdoba —apuntó la cocinera—. Quizás en Sevilla o Málaga —susurró la mujer como para ella misma.

—¿Tan difícil es contratar criadas en la ciudad de Córdoba? —quiso saber el noble—. ¿El salario que se ofrece en Zambra es el problema?

Carmen enjuagó el paño.

—No, señor, Zambra es el mejor lugar para trabajar, pero muchas criadas se están marchando a la villa de Madrid que ofrece más posibilidades, sobre todo con los nobles de la corte.

Lorenzo terminó por soltar un suspiro impaciente.

—Está bien, te encargo su cuidado mientras llega tu hermana a Zambra.

Lorenzo salió de la alcoba, y le pidió al mayordomo que preparara el carruaje. Tenía que ir a la Catedral de Santa María pues tenía una cita con el obispo de Córdoba. Era la tercera que mantenía desde su llegada a la ciudad.

\*\*\*

Lorenzo Del Valle no estaba acostumbrado a que lo hicieran esperar. Cuando el secretario del obispo salió a recibirlo, su mal humor había aumentado exponencialmente.

—Lamento la tardanza —se excusó el religioso—, pero he tenido varias reuniones desde primera hora de la mañana.

—¿Su Eminencia no está en Córdoba? —preguntó Lorenzo.

El secretario hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Salió de viaje a la villa de Madrid ayer por la tarde —le explicó el secretario.

Lorenzo se encontró enarcando una ceja.

—¿Y no podía haber enviado un mensaje a Zambra? Me habría ahorrado un viaje.

El conde estaba molesto.

—Su mensaje no lo consideró de vital importancia, señor.

Lorenzo enlazó las manos a la espalda, y se quedó pensativo. El motivo del mensaje y la visita al obispo era para considerar la anulación de sus esponsales.

—¿Cuándo regresará de Madrid?

El secretario se ajustó los lentes al puente de la nariz.

—Como mucho un par de meses, señor Del Valle.

¡Eso era demasiado tiempo!

—¿Y conociendo el obispo la urgencia de mi visita se marcha?

El secretario hizo un gesto afirmativo.

—Hay asuntos más importantes para el obispado que la anulación de un matrimonio morganático, señor.

—No para mí —afirmó el noble.

—La anulación de un matrimonio lleva su tiempo, sobre todo cuando se ha celebrado por el rito de la iglesia católica —Lorenzo apretó los labios con ira—. Si su padre viviera, sería diferente.

Eso lo tenía muy claro el actual conde. El obispo había sido gran amigo de su padre, y por ese motivo había acudido a él antes de preparar la solicitud para ser enviada al papa de Roma.

—En vista de que no obtendré la ayuda del obispo como era mi intención, adelantaré un paso para la anulación de mi matrimonio.

—¿Y qué paso será, señor?

—Acudiré personalmente al arzobispo de Burgos —respondió muy serio—, que también era amigo de mi padre.

—Eso enojará al obispo.

Lorenzo sonrió sin humor.

—Confío en ello.

Y ya no dijo nada más. Se despidió del secretario, y se giró para marcharse. Lorenzo no estaba enfadado sino furioso. Cuanto más tiempo pasara casado con la forastera, más difícil sería obtener la anulación eclesiástica del matrimonio.

Roslyn McAvoy era huérfana, no tenía a nadie salvo a él, y Lorenzo no era tan insensible como para dejarla en la calle sin nada. Estaba en trámites de adquirir para ella una pequeña propiedad a orillas del Guadalquivir, y además le pasaría una renta anual de dos mil reales. Pero tenía que anular el matrimonio, y a la vista estaba de que no obtendría la ayuda del obispo para agilizar los trámites. Antes de subir al carruaje, ordenó al cochero que lo llevara a la hacienda de su prima Teresa que estaba casada con Sebastián. Hacía mucho tiempo que no los veía, y tenía que contarles infinidad de asuntos.

### 3

Cuando Roslyn puso los pies en el suelo, sentía un hambre canina. Llevaba varios días en cama, pero había sido muy bien cuidada por todo el personal de Zambra.

Miró el vestido tendido sobre el lecho. Lorenzo le permitía vestir la ropa de su hermana Marina, algo que le agradecía infinitamente. Como era mucho más delgada y alta, parecía que estaba vestida con un saco que le quedaba por encima de los tobillos, pero no le importó. El conde, su esposo, le había prometido un vestuario acorde a su rango. Ahora tenía una doncella personal de nombre Rufina, que era la hermana pequeña de Carmen, la cocinera, y su doncella solían regañar a otras dos criadas más jóvenes que remoloneaban demasiado según sus palabras.

Una vez con el vestido puesto, y después de que Rufina le recogiera el largo y grueso cabello en un moño prieto, le preguntó:

—¿Está lista, señora?

Roslyn se esforzó mucho en hablar la lengua de ella. Todos en Zambra le mostraban infinidad de paciencia, y se sentía muy feliz de estar en un lugar tan maravilloso. Desde su llegada a palacio, solo había visto su alcoba, que le pareció el de una reina, y no había visto más porque había estado demasiado enferma. El resto del palacio era completamente desconocido para ella, pero estaba dispuesta a comenzar la aventura de su vida.

—¿Dónde se encuentra lord Del Valle?

Rufina alzó las cejas en un arco perfecto al escucharla.

—¿Lord...? —le preguntó la mujer curiosa.

A ella se le olvidaba que en el reino de España no se decía lord sino señor.

—Mí señor —dijo al fin.

La palabra esposo le resultaba intimidante. Lorenzo le había dicho en Ruthvencastle que pensaba solicitar la anulación, pero había pasado demasiado tiempo, y ella creía firmemente que había cambiado de opinión. ¿Por qué motivo la habría llevado al reino de España si no quisiera seguir casado con ella?

—El conde se encuentra en la biblioteca atendiendo una visita.

Roslyn la miró con interés. Rufina hablaba demasiado rápido para ella que todavía estaba aprendiendo.

—¿Almorzará conmigo? —se atrevió a preguntar.

—En su tierra, ¿no almuerzan los esposos junto a sus esposas?

Cuando Rufina hablaba despacio, ella la entendía.

—Claro que sí —respondió al mismo tiempo que salía al corredor para bajar hacia el comedor.

Rufina la seguía de cerca, temía que sufriera un mareo porque había estado muy descompuesta. Y viéndola no le extrañaba nada. Esa muchacha era piel sobre los huesos. Tendría que tomarse un par de buenos cocidos y algunos asados para poner algo de carne bajo la piel.

Cuando Roslyn llegó a la escalera, comenzó a bajar mirando los diferentes retratos colgados en las paredes. Cuando le faltaba un par de escalones para llegar al vestíbulo, sus ojos descubrieron a una mujer bellísima.

—Es la madre del conde de Zambra —le informó Rufina que se había parado detrás de ella.

La noble tenía el cabello suelto y un vestido de seda de color claro, sobre los hombros tenía una capa de seda oscura que realzaba sus labios bien definidos y sus grandes ojos.

—Es muy hermosa —afirmó Roslyn que no podía apartar la mirada del hermoso retrato.

—Era una mujer especialmente guapa —corroboró la mujer—, y ese cuadro fue pintado cuando tenía veinte años.

Roslyn se giró hacia su doncella.

—¿Ya estaba casada? —le preguntó.

Rufina hizo un gesto negativo.

—Se casó poco después.

La muchacha seguía mirando los diferentes cuadros del enorme vestíbulo, y, de pronto, comenzó a llorar. Rufina se alarmó al verla.

—Señora, ¿se encuentra bien?

\*\*\*

En la biblioteca de Zambra, dos amigos se miraban fijamente.

—Estuve a punto de ir a buscarte.

Lorenzo miró al que ahora era su primo, y le sonrió con afecto.

—¿A las Tierras Altas? Sebastián, creo que no te gustaría el clima.

—¿Y cómo lo soporta Marina —le preguntó.

Lorenzo se quedó un par de segundos en silencio.

—Imagino que por amor, pero ese cabrón que tengo por cuñado se las hace pasar amargas a mi hermana.

—¿Y no le rompiste el cráneo cuando estuviste allí? Porque oportunidades tendrías, digo yo.

Lorenzo medio sonrió.

—Créeme que no me faltaron ganas, pero mi hermana lo ama, y no me lo perdonaría, además, tenía que regresar al reino por un asunto más importante que la vida marital de Marina.

—Me has contado todo, y me cuesta creerlo —afirmó el amigo pensativo.

—¿Qué mi hermana sea tan infeliz en Escocia?

—Que te hayas casado con una completa desconocida.

Lorenzo lamentaba haberse sincerado con Sebastián, pero Córdoba no era una ciudad muy grande, y las noticias volaban de boca en boca más rápido que la pólvora prendida.

—¿Puedes creerte que el obispo me ha dado plantón?

Sí, Sebastián podía suponerlo.

—Estas semanas anda la corte algo revuelta.

Lorenzo lo miró con atención.

—Parece que el reino no sale de una guerra cuando ya está pensando en meterse en otra.

Claramente Lorenzo hacía referencia a los carlistas.

—¿No has recibido todavía notificación de la corte? —Lorenzo negó con la cabeza—. Igual te libras.

—No me preocupa la notificación —respondió—, sino tener que marchar a Burgos para hablar con el arzobispo.

—¿Y dejarás en Zambra a la extranjera?

Ahora que Lorenzo veía la dificultad de acelerar la anulación de su matrimonio, entendía que había sido un error traer a Roslyn.

—Estoy esperando la respuesta de la madre superiora del convento de Santa Marta.

—¿Vas a ingresar a tu esposa en un convento? —le preguntó Sebastián atónito—. Presumo que no le gustará el cambio.

—Es lo mejor para ella hasta que se resuelva la anulación.

—¿Y por qué no la dejaste en su tierra, amigo mío?

La pregunta de su amigo se le clavó en el pecho como si fuera un dardo afilado.

—Ya te he contado la historia y todos los detalles.

Y lo había hecho con pelos y señales. Lorenzo no se dejó nada, pero no recibió el consuelo que esperaba del amigo de su infancia.

—¿Y no has pensado que puede ser un designio de Dios para que el condado de Zambra no se quede sin heredero?

Lorenzo soltó un improperio.

—No tenía intención de casarme —confesó franco—. Después de la muerte de mi prometida, decidí mantenerme soltero.

—Pero ya estás casado —afirmó el otro.

Lorenzo lo miró serio, pero no pudo responderle porque escucharon voces en el vestíbulo, a continuación, el llanto de una mujer, y las palabras de otra que trataba de consolarla.

—Ven —le dijo Lorenzo al primo—. Te presentaré a Roslyn.

Los dos caminaron a la par, y, cuando alcanzaron la puerta, pudieron escuchar mejor el llanto de la extranjera. Sebastián se había hecho muchas cábalas sobre la mujer que había desposado el mejor amigo que tenía, y nada lo preparó para la visión de la forastera. La muchacha no se parecía en nada a lo que había imaginado.

—¿Por qué lloras? ¿Se te ha ofendido de alguna forma? —le preguntó Lorenzo mirándola fijamente.

El vestido de su hermana Marina le quedaba tan holgado que se le descolgaba del hombro.

—Es que estoy emocionada —respondió la muchacha.

—¿Emocionada? —preguntó el esposo.

Roslyn le sonrió cándida.

—He visto todos estos cuadros hermosos, sobre todo el de vuestra madre, y me he emocionado al pensar que pronto estará el mío junto al de vuestros ancestros. ¿No es para estar conmovida?

Lorenzo la observó perplejo. ¿Creía ella que ordenaría retratarla cuando tenía intención de anular el matrimonio entre ambos?

—¿No me presentas a tu esposa, primo?

La pregunta de Sebastián le pareció jocosa.

—Roslyn, te presento a mi amigo y primo, don Sebastián de la Cruz.

La muchacha enderezó la espalda, cuadró los hombros, y le ofreció la mano para que se la besara.

—Es un placer lord de la Cruz.

La doncella personal de ella carraspeó.

—Ya le he dicho que aquí no decimos la palabra lord sino señor, pero se le olvida —apuntó Rufina sin que nadie le hubiera preguntado.

—El placer es mío, señora Del Valle —fue escuchar el título que ahora ostentaba como esposa del conde de Zambra, y estalló de nuevo en llanto.

Pero eran lágrimas de agradecimiento.

Lorenzo hizo lo propio, y le ofreció el brazo a su mujer que lo tomó con una sonrisa arrobada.

—Está muy apuesto, señor Del Valle —lo aduló ella.

Y Lorenzo lamentó no poder decir lo mismo. La mujer que llevaba del brazo era fea, esquelética, y tenía un acento horrible, pero ante todo era un caballero.

—Tú también estás muy lozana, Roslyn.

La muchacha hinchó el pecho con orgullo, y caminó tan majestuosa como una reina acompañada de su adalid.

Sebastián quiso borrar la sonrisa de su rostro pero no pudo, menos mal que caminaba tras la pareja recién desposada. La muchacha era tan alta como Lorenzo, pero el vestido le venía enorme de ancho que no de largo porque no le llegaba a los tobillos.

El cabello era lo más singular en ella. No, rectificó Sebastián, el cabello no, sino las pecas. La forastera destacaría en la ciudad de Córdoba como una mosca en un plato de leche. Pero tenía orgullo y caminaba como las regentes, se preguntó dónde habría aprendido a comportarse pues conocía por Lorenzo que era huérfana y casi indigente.

De verdad que la muchacha le despertaba curiosidad, y se preguntó qué le depararía el destino a su amigo y primo.

## 4

—Roslyn, debemos hablar.

La muchacha ya estaba muy repuesta del largo viaje porque su apetito era descomunal.

—Dime, mi señor —se giró hacia él con una sonrisa de oreja a oreja.

A él le rechinaban los dientes cada vez que le escuchaba decir esa palabra.

—Me ha dicho Rufina que deseas asistir a algunos eventos.

La escuálida muchacha sonrió más ampliamente.

—Es mi deber como señora de Zambra, pues hemos recibido varias invitaciones a lo largo de la semana.

Lorenzo no estaba de acuerdo.

—Siéntate, por favor —su tono serio debería de haberla advertido de la importancia de la conversación que iban a mantener, pero estaba tan feliz que en su mundo de luz no había lugar para nubes negras.

Roslyn tomó asiento en el amplio sillón de la biblioteca, y miró a su esposo con atención.

—Te informé en Ruthvencastle que pensaba solicitar la anulación de nuestro matrimonio.

El alma se le calló a los pies. La sonrisa se le borró del rostro, y los hombros se le agitaron. Lorenzo se dijo que si rompía a llorar de nuevo saldría corriendo de la casa como alma que persigue el diablo.

—Es cierto, lo mencionó.

—Nuestro matrimonio fue un error.

Ella no estaba de acuerdo, pero no iba a contrariarlo.

—Lo fue.

—Y debe subsanarse —continuó el noble.

—Y, entonces, ¿por qué me trajo a su hogar? —le preguntó sosteniéndole la mirada.

Esa era una pregunta fácil de responder.

—Porque estabas sola, desamparada, y era mi obligación protegerte.

La mente de la muchacha era un hervidero de especulaciones.

—Lo comprendo.

—Gracias por la comprensión que demuestras —estaba claro que la muchacha aguantaba las ganas de llorar a duras penas—. Decidí traerte a Córdoba porque ahora eres mi responsabilidad —siguió informándole sin dejar de mirarla—, pero es mi deseo que no asistas a ningún evento.

—¿Por qué? —le preguntó curiosa.

Lorenzo la miró fijamente.

—Porque no es correcto que interactúes con mi familia, y tampoco con la sociedad

cordobesa porque no formarás parte de mi vida en el futuro.

Ella abrió los ojos de par en par, y Lorenzo se dijo que eran muy bonitos. No eran azules ni grises, tenían un tono que no había visto nunca, y se dijo que el color tenía que ver con la luz de Córdoba porque en las Tierras Altas no los había visto igual.

—Entiendo...

Lorenzo optó por sentarse frente a ella.

—Me alegro.

—No quiero ser una molestia —dijo la muchacha cabizbaja.

Él no quería que se sintiera mal, pero no deseaba mentirle.

—Estoy esperando la contestación de la madre superiora del convento de Santa Marta, por si deseas esperar allí la anulación de nuestro matrimonio.

¿Un convento? ¿Cambiar un palacio por un convento?

—Prefiero esperar en Zambra —contestó la mujer decidida.

Lorenzo vio la tristeza en los ojos bonitos, y se apenó de ella.

—No me desentenderé de ti —le dijo de pronto—. Estoy en trámite de comprarte una pequeña casita con jardín y patio interior muy cerca de la Ribera de Curtidores. Es la zona que más nos gusta a los cordobeses por su cercanía con el río.

Roslyn lo miró atenta.

—¿Una casa para mí sola?

Lorenzo le sonrió.

—Muy cerca de la Iglesia de San Nicolás de la Ajerquía. No te faltará de nada.

—¿De nada?

—Yo me ocuparé de tu manutención y de todos tus gastos.

La muchacha se quedó pensativa.

—Será como estar casada sin estar casada —afirmó Roslyn.

—Una vez que seas libre, podrás conocer la ciudad, asistir a tus propias fiestas y eventos, y quizás conocer al hombre de tu vida, o regresar a Escocia si lo deseas.

—Pero yo no deseo anular nuestro matrimonio —afirmó decidida.

Ella había insistido en lo mismo desde que embarcaron en Dover.

—Fue un error —insistió Lorenzo—. Nuestro matrimonio se celebró cuando ninguno de los dos estábamos con el pleno control de nuestras facultades mentales —el conde hizo una pausa—. Estábamos ebrios, y no éramos capaces de distinguir lo que estaba bien y lo que no.

Todo eso era cierto.

—Tiene razón —aceptó ella.

—Hasta que tenga la escritura de propiedad para ti, te pido que te quedes en Zambra, y que rechaces cualquier invitación que llegue a palacio.

El conde no le pedía mucho, y había sido muy bueno y gentil con ella.

—Es lo justo —aceptó la chica.

—Pues me quitas un peso de encima —respondió Lorenzo visiblemente aliviado.

—Aprovecharé el tiempo para aprender mejor su lengua.

Lorenzo le sonrió tierno.

—Es increíble lo mucho que has adelantado en solo unas semanas.

—Deseo que Córdoba sea mi hogar —afirmó erguida.

—Y lo será, y todos te ayudaremos.

A Roslyn se le deshacía el corazón escuchándolo. Era tan apuesto, tan gentil, que el pulso en sus venas se aceleraba cada vez que lo veía, mucho más si escuchaba su aterciopelada voz.

—Hoy preparemos algo muy rico para la cena —le anunció ella.

La sonrisa de Lorenzo se borró de inmediato. Roslyn había suscitado agrias discusiones con Carmen que no quería que pisara sus dominios, pero la muchacha era terca como ninguna, y le daba órdenes que la cocinera desoía, lo que generaba enfrentamientos entre ambas.

¿Quién le iba a decir a Lorenzo que la mujer que cuidó a Roslyn con tanto esmero cuando estuvo enferma, iba a echar pestes sobre su señora cada vez que la veía aparecer por la cocina de palacio?

—La señora de Zambra no debe andar en la cocina.

Lorenzo no se percató de cómo podían interpretarse sus palabras. Roslyn lo miró atenta.

—Como señora de Zambra, bueno, hasta que deje de serlo, mi deber es controlar que los alimentos que salen de la cocina sean aptos, y que estén bien cocinados.

Lorenzo decidió no seguir discutiendo con ella, prefería que lo hiciera Carmen.

—Tengo que hacer un pequeño viaje a mi hacienda de «Los Encinares».

—¿Está muy lejos esa hacienda?

—Al norte de Córdoba, pero regresaré en unos días —le explicó Lorenzo—. Ha surgido un problema con una de las yeguas preñada, y el capataz ha solicitado mi asistencia.

—Está bien —aceptó ella—. Esperaré su llegada.

—Pero debes prometerme que no saldrás de Zambra.

Los ojos de ella brillaban almibarados. Lorenzo se sintió incomodo.

—Está bien —reiteró.

No fueron solo un par de días los que Lorenzo estuvo en la hacienda porque la mejor yegua de sus cuadras había muerto durante el parto, pero el potrillo se había salvado: un hermoso potrillo que alcanzaría de adulto una cifra considerable. Ahora tendría que marchar a la feria de Sevilla para comprar otra yegua, aunque Lorenzo dudaba que tuviese la finura y elegancia de la que había perdido.

Regresó a Zambra en el día más caluroso de principios de junio. El tórrido sol atacaba sin

piEDAD, y no había en las calles más alma que la suya.

Cuando despidió al cochero en la cuadra, y entró al fresco palacio de Zambra, se encontró con la nueva de que Roslyn no estaba. Lorenzo maldijo por lo bajo, y comenzó a interrogar a los sirvientes sobre su paradero.

\*\*\*

Roslyn le había prometido a Lorenzo que no saldría de palacio, pero como la cocinera la echaba de la cocina con cajas destempladas, las doncellas no le permitían acompañarlas para que las instruyera en sus quehaceres, y todos la ignoraban, decidió dar un paseo.

A primera hora de la mañana, y a través de los cristales de la ventana de su alcoba, había visto el río y la bonita alameda paralela al agua. Si Roslyn hubiera abierto las ventanas y se hubiese asomado al exterior, habría cambiado inmediatamente de idea, pero tras los cristales, el paseo le pareció una opción a su aburrimiento. No hablaría con nadie para no enfadar al conde, pero necesitaba salir a caminar para dar salida a toda la energía contenida en su cuerpo.

Todavía no había llegado la ropa que Lorenzo le había encargado, pero había ganado mucho peso, y el vestido de su cuñada ya no le quedaba tan grande, salvo de la cintura. Se calzó sus botas, las mismas que llevaba cada día porque no tenía otras. Se puso un lazo para sujetar la cintura de su vestido, y que no se le descolgara, se sujetó el cabello en una gruesa trenza, y, con una sonrisa de bienvenida, se dispuso a conocer la bonita ciudad de Córdoba. Nada más salir a la calle, sintió una bofetada de calor en el rostro, y se dijo que la sensación debía de ser parecida a la entrar en un horno de leña a pleno rendimiento, pero recordó la arboleda junto al río, y pensó que allí se estaría más fresco e incluso podría meter los pies en el agua.

Roslyn alzó la mirada al cielo despejado donde el sol brillaba con fuerza, levantó el rostro todavía más, y dejó que le calentara la cara. La sensación era más que agradable. ¿Cuándo en las Tierras Altas había podido disfrutar así de un día de sol? En el cielo azul no había una sola nube, y, con ánimo en el cuerpo y determinación en los pasos, comenzó a caminar por la acera, aunque le extrañó no ver a nadie deambulando como ella. ¿Dónde se habrían metido todos? Igual Córdoba era más pequeña de lo que pensaba, pero no lo creía probable porque había leído en varios libros que en el pasado había sido cuna de civilizaciones, o algo parecido.

Todavía no leía bien en español, aunque ya podía comunicarse bastante bien. El mayordomo, que tenía nombre de flor, solía decirle que su acento ya no era tan marcado, y Roslyn rio al recordarlo, ¡como si los españoles no tuvieran acento!, aunque reconoció que sonaba bastante dulce en los oídos.

Aceleró el paso, y comenzó a cantar una bonita canción escocesa que le subió el ánimo todavía más.

## 5

—¿Ninguno ha visto a la señora? —preguntó Lorenzo enojado.

Zambra era tan grande que los sirvientes podían pasar días sin verse los unos a los otros.

—La eché de la cocina a las once de la mañana —respondió Carmen culpable.

—Quería limpiar con nosotras —dijo una de las criadas—, pero le dijimos que no era correcto, y la hicimos desistir.

—Yo me encontraba en sus aposentos brillantando sus botas de montar, señor —se excusó el mayordomo—. No escuché nada.

—¿Y su doncella, Rufina? —inquirió el conde.

—Mi hermana tenía cita con su abogado —explicó Carmen—. Ha surgido un problema con su paga de viuda, y debía solventarla. Tiene previsto regresar a media tarde.

Lorenzo se sentía atónito. La casa estaba llena de sirvientes, y Roslyn desaparecía delante de todos sin que ninguno se percatara. ¿Tan poco les importaba?

—Iré a buscarla —decidió Lorenzo.

—¿Con este sol de justicia, señor? —el mayordomo estaba espantado.

Roslyn no había salido de palacio desde su llegada, y las temperaturas habían subido generosamente en la última semana.

—Confío que no haya salido sin sombrero y sin sombrilla —masculló el conde—, o pillaré una insolación.

Carmen se llevó la mano a la boca. La piel de la señora era demasiado blanca y delicada, y el sol cordobés podía ser implacable.

—La buscaremos todos, señor —le ofreció el mayordomo.

Lorenzo hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Iré con el carruaje y recorreremos la ciudad, confío que se haya resguardado en alguna taberna —aunque Lorenzo no lo creía probable.

Justo cuando el mayordomo se dirigía a las cuadras para ordenar que prepararan de nuevo el carruaje, la puerta de Zambra sonó con unos golpes sordos: como si tocaran la madera con la punta del pie.

El mayordomo se apresuró a abrir. Lorenzo lo seguía de cerca, y cuando la puerta se abrió, todos se quedaron atónitos. El gitano Alejandro traía a la escocesa sobre el hombro como si cargara un fardo, parecía desmayada porque le colgaban los brazos.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó el conde.

—La vi llegar hasta el molino desde la barca —comenzó a explicarle el gitano—. Pero no llegó a la sombra, se cayó en mitad del camino, y ya no se levantó.

Lorenzo la sujetó en brazos, y cuando el rostro de Roslyn quedó a la vista, Carmen lanzó un grito de espanto. La piel del rostro y las manos estaban tan rojos como su cabello.

—Narciso, envía al mozo de cuadra a por el doctor.

El mayordomo se apresuró a cumplir la orden.

—Rápido, llenad la bañera con agua fría —ordenó Carmen a las criadas—. Acompáñeme, señor, le daremos un baño de agua fría mientras llega el doctor, hay que bajarle la calentura.

Carmen pensó que tenía que preparar una cocción de melisa y caléndula de inmediato para masajearle la piel enrojecida.

—¡Está ardiendo! —exclamó el conde que se sintió culpable.

Tenía que haberle explicado que el sol cordobés no se parecía en nada al sol escocés, y que podía ser muy peligroso para la salud caminar bajo los rayos sin la protección de un sombrero o sombrilla.

Lorenzo la llevó hasta la alcoba, y ayudó a Carmen a desvestirla, solamente le dejaron la camisola interior que había conocido tiempos mejores. Juntos la metieron en el interior de la bañera fría, pero Roslyn seguía inconsciente y ajena a todo.

—Es muy inocente, señor —le dijo Carmen con arrepentimiento.

Si ella le hubiera permitido estar en la cocina, ahora no estaría temiendo por su salud.

—Sí, lo es —afirmó Lorenzo mientras le mojaba el rostro con cuidado.

Y tenía peso pluma, se dijo el conde. Cuando se la quitó a Alejandro y la acogió entre sus brazos, se dio cuenta de que pesaba como un niño pequeña. ¿Cuánta necesidad no habría soportado la muchacha?

—¿Cómo íbamos a saber que saldría de palacio? —en la voz de Carmen se advertía preocupación.

Cuando tiempo después el doctor la examinó, el diagnóstico era el esperado, una fuerte insolación. Les dio indicaciones de lo que debían hacer: mantenerla en un lugar fresco, darle afusiones frías, fricciones estimulantes en piernas y brazos, además de suministrarle bebidas frescas, ligeramente excitantes, y también revulsivos.

\*\*\*

Cuando Roslyn despertó horas después, no estaba acostada en su alcoba sino en otra, ella desconocía que era la de conde porque estaba situada en la zona más fresca de palacio. Quiso levantar la cabeza, y soltó un gemido. ¿Por qué le dolía tanto? Lo último que recordaba era cruzar el camino que descendía al río, y luego nada.

Lorenzo se levanto como un rayo al escucharla, se había quedado dormido en el sillón mientras la velaba.

—Menudo susto nos has dado —le dijo él.

Fue verlo, y ponerse a llorar. Siempre que estaba enferma y necesitaba cuidados, él estaba ahí para ella.

—La verdad es que te mereces una buena regañina por desobedecerme.

Pero ella no lloraba por eso.

—Ahora entiendo por qué motivo no había nadie en las calles.

Lorenzo terminó por sonreírle a pesar de estar determinado a recriminarle su desobediencia.

—Nadie sale a pasear en Córdoba a las dos de la tarde —corroboró él.

Roslyn hizo algo inesperado, trató de echar la sábana y la colcha hacia un lado.

—Tengo mucho calor.

Lorenzo la ayudó, pero fue un error porque Rufina la había vestido con una camisola demasiado fina. El noble apartó los ojos. Su esposa no era guapa ni tenía un cuerpo espectacular, pero él no tenía un témpano de hielo entre las piernas.

Roslyn trató de levantarse pero no pudo.

—No tengo fuerzas —se lamentó.

—El doctor dice que el calor te ha debilitado, y que necesitas tiempo para recuperarte.

—¡Me gusta el sol! —exclamó la muchacha.

Lorenzo terminó por suspirar.

—No es lo mismo el sol escocés que el sol cordobés.

Ella lo miró sin un parpadeo.

—¿Y no podré salir nunca de la casa? —preguntó espantada.

Lorenzo sonrió abiertamente.

—La mitad del otoño, el invierno, y parte de la primavera.

Roslyn parpadeó asombrada.

—¿Y cómo soportan el calor los cordobeses?

Pero el conde ya no le contestó.

—Llamaré a Rufina para que te ayude a vestirte.

La muchacha se dio cuenta de que su esposo se sentía incómodo al mirarla, que desviaba la mirada continuamente.

—Sí, por favor, necesito su ayuda.

Cuando Lorenzo ya se giraba para marcharse, la voz de ella lo detuvo.

—Gracias, mi señor, por todo.

El conde la miró por última vez, y le sonrió de nuevo.

—No me desobedezcas de nuevo —le advirtió pero en un tono suave.

—No lo haré, lo prometo.

Algo le decía a Lorenzo que ella no iba a cumplir su palabra.

—Ahora vendrá Rufina...

## 6

Había poco que hacer en palacio, así que Roslyn se dedicó a hacer lo que nadie le recriminaba sino que aprobaban: comer a todas horas. Se pasaba las mañanas en la cocina con Carmen probando todo lo que iba elaborando. La cocinera además le preparaba jugos que le gustaban mucho, sobre todo uno con tomate que tenía un ligero sabor picante. Por las tardes las dedicaba a leer y escribir en la lengua de su esposo, y como era tan aplicada, pronto llegó a dominar la comprensión tanto en lectura como en escritura.

Pero la flojedad que le había metido el sol cordobés en el cuerpo, persistía, y lograba marearla bastante a menudo. Entonces Carmen le preparaba una tisana que le levantaba el ánimo, y además la obligaba a beber café que a ella no le gustaba porque tenía un sabor demasiado fuerte, pero obedecía.

Si algo había aprendido bien Roslyn en su vida, era la obediencia.

En ocasiones, y cuando se aburría soberanamente, ayudaba a Narciso a abrillantar las botas de montar del conde. El mayordomo, cuando la vio escupir en el cuero la primera vez, no solo se alarmó sino que se indignó, pero ella insistió diciéndole que la saliva las abrillantaba mejor. El hombre apretó los labios ofendido, y siguió puliendo las botas sin dirigirle la palabra.

El conde de Zambra se pasaba la mayoría de los días fuera de palacio atendiendo diferentes asuntos y negocios. Roslyn solo lo veía durante la cena porque se saltaba la mayoría de los almuerzos, pero como estaba tan agradecida por lo bien que la trataban todos, no se quejaba. Y cada vez que Carmen o las doncellas contravenían algunas de sus órdenes, amenazaba con salir de paseo fuera de palacio. Esa amenaza funcionaba mejor que cualquier orden que diera. Tomasa y Macarena, las doncellas, nunca habían pulido la plata con tanta energía bajo la vigilancia de la señora. Y cuando Rufina, su doncella personal, le informó que esa noche vendría una visita especial a Zambra, Roslyn se puso nerviosa porque tenían que preparar una cena muy especial. Ignoraba quién era la visita, pero estaba dispuesta a que todo saliera perfecto.

\*\*\*

—La marquesa de Clavero, señor —anunció el mayordomo de forma solemne.

Lorenzo miró a Narciso con sorpresa. Él, no esperaba a su madrina hasta las seis.

—¿Ha llegado a Zambra? —preguntó todavía incrédulo porque si algo caracterizaba a su madrina era la impuntualidad.

—Ya está bien de tenerme en el vestíbulo como si fuera una desconocida —le escuchó decir a la mujer tras la espalda del mayordomo.

—¡Madrina! —exclamó prudente—. No la esperaba hasta las seis.

La mujer mayor resopló, pero con suma elegancia.

—No podía esperar más para conocer a la condesa de Zambra, y, sí, me he enterado, y no ha sido gracias a ti —Lorenzo ya imaginaba que su prima Teresa se había ido de la lengua—. Llama a la flamante condesa —le ordenó.

Lorenzo abrió los ojos de par en par porque ignoraba dónde se encontraba Roslyn, y lo que hacía en ese momento. Él, había llegado a Zambra a las cuatro, y se encontraba respondiendo a los diferentes correos.

—Avisa a la señora, y dile que tenemos visita —ordenó el conde.

El mayordomo hizo un gesto con la cabeza.

—¡Narciso! —lo llamó la marquesa firme—. No le anuncies mi visita, úrgela a venir para atender un asunto con el conde —Lorenzo miró a su madrina con sorpresa—. Quiero pillarla desprevenida —anunció la marquesa.

—No es una buena idea —contestó Lorenzo muy serio.

Sabía por Rufina que Roslyn estaba muy nerviosa por la visita inesperada.

—¿Vas a desobedecerme, muchacho? —le preguntó al ahijado.

Lorenzo ni se atrevería.

—Dile a la señora que deseo hablar con ella, pero no le informes de nada más —le indicó al mayordomo.

Cuando se quedaron a solas, la marquesa lo taladró con la mirada.

—¿Casado? —le preguntó—. ¿Sin mi aprobación? —su voz era tan fría como su mirada—. Cuando Teresa me lo dijo, no podía creérmelo.

Lorenzo había tenido razón con respecto a su prima. Le iba a cortar la lengua por chismosa.

—No tengo excusa, madrina —dijo el noble.

—No, no la tienes —remarcó la marquesa—. Sin informarme, sin mi aprobación... —repitió enojada.

Roslyn no llamó a la puerta sino que entró en tromba.

—Mi señor, Narciso me ha dicho que...

Lorenzo no sabía dónde meter la cabeza para que no se la cortara su madrina después de ver la apariencia de su esposa. Roslyn sujetaba un ganso medio desplumado por las patas, y estaba cubierta de plumas blancas hasta el cabello.

—¡Dios del cielo! —exclamó la marquesa—. ¿Y tú quién eres?

A Roslyn no le gustó nada la mirada de la mujer mayor. Tensó los hombros, y enderezó la espalda.

—Eso le tendría que preguntar yo, ¿y usted quién es? —preguntó a su vez sujetando más fuerte las patas del ganso.

La mujer no le dio tiempo a su ahijado para que la presentara.

—Emilia Luque, marquesa de Clavero —respondió la mujer con voz seca y mirada dura.

Sorpresivamente, Roslyn no se sintió intimidada por su tono. La mujer le recordó a la baronesa de Everbay, salvo que la española era más guapa.

—Y yo soy la condesa de Zambra.

La marquesa estaba tan perpleja que se quedó sin capacidad de reacción al escucharla. Después de unos segundos de silencio, clavó la mirada en su ahijado.

—¿Quién es esta arrapieza? —le preguntó la marquesa al ahijado como si no pudiera creer la palabra de la muchacha.

—La condesa de Zambra —corroboró el conde.

—¿La condesa de Zambra desplumando un ganso? —preguntó incrédula—. ¿Y vestida como una zarrapastrosa?

Lorenzo hizo lo único que se esperaba de él, sujetó a su madrina del brazo, y la llevó hasta el sillón creyendo que iba a desmayarse por la impresión recibida.

—El ganso es para la cena de esta noche, señora —le informó Roslyn.

—¡No puedo creérmelo! —exclamó la noble mirando a su ahijado de forma atribulada—. ¡Si tu padre levantara la cabeza! —volvió a exclamar.

Eso era lo que peor llevaba Lorenzo. Si su padre estuviera vivo, jamás le perdonaría tal descalabro para el nombre Del Valle.

—Vuelvo en seguida, madrina, ordenaré que le preparen un licor espirituoso para reanimarla.

—Gracias, de verdad que lo necesito. —La mujer comenzó a abanicarse.

Lorenzo sujetó a Roslyn por el brazo y la sacó del salón casi a la fuerza. Con cada paso de ambos, las plumas quedaban revoloteando en el aire, incluso alguna llegó al cabello oscuro del conde.

—¿Qué diablos estás haciendo? —se notaba en el tono que estaba enojado—. ¿Cómo te presentas de esta guisa?

—Estaba desplumando un ganso —contestó.

¿Acaso no era obvio lo que hacía?, se preguntó, aunque no se sentía alarmada por el tono de Lorenzo.

—La condesa de Zambra no despluma gansos.

—Quería hacer algo especial para nuestra invitada —respondió contrita porque era la primera vez que Lorenzo le hablaba así de brusco.

Lorenzo debía de estar muy enfadado con ella a tenor de como la miraba.

—Carmen se encarga siempre de cocinar algo especial —le informó el noble con acritud.

Ella había insistido tanto que Carmen había terminado por aceptar su sugerencia de rellenar un ganso y asarlo. Además, se suponía que faltaban tres horas para la llegada de la visita especial.

—¿Por qué ha llegado tan pronto? —le preguntó al esposo.

Lorenzo soltó un suspiro de impotencia.

—Para pillarte con las manos en la masa, y no se ha equivocado.

—Narciso podría haberme advertido —le reprobó la mujer.

Era joven, forastera, pero Roslyn se dijo que se merecía un poco de respeto, y también de oportunidad.

—Deja lo que estés haciendo, sube a cambiarte, y regresa al salón.

Por primera vez, Roslyn no pensaba obedecer.

—Terminaré de arreglar el ganso —le informó enojada—, lo pondré a asar, revisaré que Carmen lo tenga todo listo, y entonces me cambiaré, y regresaré al salón para que esa señora me siga despellejando con la mirada.

—Esa señora es mi madrina, y le debemos respeto —la amonestó.

Roslyn no era irrespetuosa, pero entendía que la mujer había decidido que le desagradaba sin que le hubiera dado la oportunidad de conocerla.

—Me obedecerás —le ordenó Lorenzo con voz fría.

La esposa no quería desairarlo, pero se lo merecía.

—Me arreglaré, y regresaré al salón.

El conde se tomó la respuesta de ella como una disculpa.

—No tardes —la instó con la mirada.

## 7

Roslyn tardó tres horas en aparecer, y lo hizo en el comedor de Zambra cuando el conde y la marquesa ya estaban sentados y la cena a punto de servirse. Si la marquesa se había llevado una sorpresa cuando la vio sujetando el ganso y llena de plumas, ahora se llevó otra. El vestuario que Lorenzo le había encargado había llegado días atrás a palacio, y Rufina le ayudó a escoger el vestido más apropiado para una cena de gala, aunque solo asistieran tres personas.

El vestido verde oscuro con flores doradas resaltaba su cabello de fuego, y que su doncella había dejado suelto. Rufina había insistido en que era su mayor atractivo, igual que sus ojos, y la animo a resaltarlos. Cuando Roslyn se giró hacia Narciso en el umbral de la puerta del comedor para agradecerle su amabilidad, Lorenzo pudo fijarse en el cabello de su esposa que brillaba como lenguas de fuego. Suelto parecía una cortina de sangre que le llegaba por debajo de las caderas, y las ondulaciones le recordaron a las dunas del desierto. ¿Desde cuándo tenía esa preciosa cabellera?

Roslyn nuevamente se giró hacia ellos.

—Lamento mi tardanza, pero había mucho que vigilar para que todo estuviera perfecto.

Lorenzo, con suma galantería, le separó la silla de la mesa para que tomara asiento.

Y la marquesa mientras tanto se fijó en el brillo de la cristalería, en lo pulida que estaba la plata, y en los hermosos adornos de flores del comedor que desprendían un ligero perfume fresco. Roslyn miró a la mujer mayor, y le ofreció una sonrisa sincera.

—Bienvenida a Zambra, marquesa, confío que disfrute de la cena, y de nuestra compañía.

A la mujer le extrañó que se expresara tan bien siendo extranjera, pero no correspondió al saludo de bienvenida. Se dedicó a observarla hasta el más mínimo detalle, pero los modales de Roslyn durante la cena resultaron exquisitos. Hablaba y callaba cuando correspondía, y le cedió todo el protagonismo a ella que se sintió agasajada de verdad. El ganso relleno de manzanas estaba realmente bueno, así como el solomillo de buey: el hojaldre se deshacía en la boca, y la carne resultó tierna y muy jugosa. Era la primera vez que la marquesa probaba un plato así, pero quedó encantada con unos panecillos de mantequilla que acompañaban cada plato.

—Reconozco que ha sido toda una sorpresa la cena —dijo la mujer sosteniéndole la mirada—. ¿La has preparado tú?

Roslyn sonrió.

—Lo ha cocinado nuestra cocinera, pero siguiendo mis indicaciones.

—¿El solomillo es una receta escocesa? —apuntó el conde.

Los ojos de Roslyn brillaron al escuchar al esposo.

—Leí, en el recetario que teníamos en Lamermuir, que es una variante inglesa del *filet de*

*boeuf en croûte* —el conde la miraba atento—. Me temo que en las Tierras Altas no tenemos platos tan elaborados como en Francia, al menos yo no los conozco —explicó de forma sencilla—. En la escuela se nos enseñaba recetas muy elaboradas, y el solomillo de buey con hojaldre era el plato estrella.

—Me gustan mucho estos bollitos de pan —dijo la marquesa que le daba un buen mordisco a uno.

—Son nuestros *scones* —le informó Roslyn—. Se pueden elaborar dulces o salados.

—Todo estaba delicioso —le dijo Lorenzo sincero, y sin dejar de admirarla—. Gracias.

Roslyn sintió ganas de llorar de lo emocionada que se sentía.

—¿Dónde has estudiado, niña?

Que la marquesa se interesaba sobre sus estudios, era la mejor disculpa que podía ofrecerle.

—En Lammermuir, marquesa —Roslyn se cuidó de decirle que era un orfanato—. Nuestra directora se esmeraba mucho para que aprovecháramos las lecciones de comportamiento, de música, de algebra, y de historia que recibíamos de las diferentes profesoras.

—¿De comportamiento? —preguntó la marquesa.

—Se nos enseñaba como dirigir una casa sin importar lo grande que fuera y los criados que tuviera —le aclaró con una sonrisa—. Teníamos que saber distinguir cada orden que se daba al servicio.

—¿Por eso estabas desplumando el ganso personalmente? —bromeó Lorenzo.

La mirada que Roslyn le dedicó se le clavó en el corazón.

—Sé cómo hay que desplumarlo para no romper la piel.

Estaba claro que si el desplume lo hubiera realizado alguna de las doncellas, el resultado no habría sido el mismo porque la piel había estado completamente intacta, y el ave se había servido dorado y muy crujiente.

—La cristalería brillante, la plata bien pulida, y los muebles encerados con aceite... —la marquesa no continuó.

—De linaza, marquesa —respondió Roslyn—. El vinagre ayuda a abrillantar las copas —le informó—, y el agua con sal es perfecto para recuperar el brillo de la plata.

—Asombroso —respondió la mujer.

Emilia Luque estaba en verdad sorprendida.

Cuando Teresa le informó que su ahijado se había casado inesperadamente, casi tiene que llamar al doctor de lo trastornada que se quedó. Sebastián de la Cruz había salido en defensa de la chiquilla, pero ella tenía que verla con sus propios ojos. Una vez pedidas las explicaciones, su ahijado le había revelado que se había casado con una extranjera y de forma poco habitual, ella escuchó esa palabra, y se puso a la defensiva, después entró en pánico, pero ella necesitaba conocer a la mujer que había logrado llevarlo hasta el altar, y por eso había concretado una visita

a Zambra.

La sorpresa que se había llevado con la extranjera era descomunal, pero era una mujer juiciosa, religiosa, y, tras la primera impresión negativa, admitía que la muchacha conocía la forma de llevar una casa, además, sus modales eran exquisitos. Lástima que fuera tan flaca, porque esas caderas no podrían soportar un embarazo. Y luego estaba ese escandaloso color de pelo tan inapropiado para una condesa, aunque tenía un color bonito de ojos.

A Emilia le recordó a las violetas.

—Iré a agradecerle a Carmen su esfuerzo de esta noche —les dijo Roslyn a ambos al mismo tiempo que se levantaba.

Lorenzo la imitó.

—Regresaré en seguida —le dijo al esposo.

Tras la marcha de la muchacha, la marquesa resopló: una costumbre en ella desde siempre.

—¡Es una niña! —exclamó casi ofendida—. Y es muy fea.

—No es fea —la defendió Lorenzo—. Es cierto que no cumple los cánones de belleza de la época —continuó—, pero es una buena persona. Sencilla, natural...

—¡Es una niña! —volvió a repetir la marquesa—. Casi podrías ser su padre —le reprochó la mujer.

Lorenzo tensó el mentón.

—No tema, madrina, estoy en trámite de anular nuestro matrimonio.

Ahora sí que la dejó estupefacta. Ignoraba que su ahijado tenía pensado anular los esponsales

—¿Anular el matrimonio? —casi gritó.

Y Lorenzo pasó a explicarle que no había sido consumado.

—¿Estás seguro de ello, gañán? —le preguntó con ojos entrecerrados y dientes apretados—. Porque si estabas tan ebrio como defiendes, es posible que no recuerdes que la desfloraste.

—No lo hice —replicó el ahijado muy incómodo por tener que mantener una conversación tan íntima con su madrina—. Mi esposa sigue intacta.

La marquesa lo miró llena de aprensión.

—¿Y vas a someter a la condesa de Zambra a la humillante situación de demostrar que no ha sido desvirgada por su esposo?

Lorenzo había pensado mucho en ello, pero para anular el matrimonio, un médico tenía que certificar que Roslyn seguía siendo virgen.

—Es necesario, madrina.

—¿Lo sabe la muchacha?

—No, mi esposa todavía no lo sabe.

—¿Y qué va a ser de ella cuando el matrimonio sea anulado? Aunque dudo que obtengas la dispensa para lograrlo.

Lorenzo la miró con atención.

—¿Por qué piensa que no obtendré la dispensa?

—Porque llevas casado con ella más de cuatro meses —le recordó la madrina—. Tú viviendo en su casa, ella viviendo en la tuya, y ambos durmiendo bajo el mismo techo.

—No he vivido en su casa —a punto estuvo de decir que la muchacha no tenía casa ni familia ni nada, pero se contuvo—. He dormido en la casa de mi hermana Marina en Ruthvencastle.

—¿A quién pretendes engañar? —lo hostigó la mujer.

Lorenzo era un hombre de gran paciencia al escuchar, y de prudencia al tomar decisiones o elegir respuestas, pero su madrina se estaba extralimitando. Conocía su preocupación, pero debía deponer esa actitud.

—Soy un hombre de honor —le mencionó—. Soy el conde de Zambra, y no debería cuestionar mis decisiones ni mis palabras.

La mujer no reculó en su postura.

—Que se ha casado por la iglesia —le recordó.

—Tal parece escuchándola que se alegra de mis esponsales.

No, Emilia Luque no se alegraba, pero era una mujer piadosa, y su ahijado había decidido no casarse contraviniendo su obligación como conde de Zambra.

—Dentro de lo peor es lo menos malo pues sabe llevar una casa y mantener la boca callada —afirmó la marquesa.

A Lorenzo le molestaba la actitud de la mujer.

—Pero es fea y flaca —Lorenzo le recordó a su madrina sus propias palabras.

Los dos escucharon el gemido femenino y giraron sendas cabezas hacia la puerta. Roslyn estaba plantada, y lo miraba con ojos brillantes de lágrimas. Indudablemente había escuchado su último comentario.

—Les ruego que me disculpen —les dijo a ambos—, pero debido a la insolación que sufrí, me da flojera a menudo. Ahora, no me encuentro muy bien, y me retiraré a mi alcoba.

No le dio tiempo a Lorenzo de ofrecerle una disculpa. Roslyn salió del comedor como alma que persigue el diablo.

—Buena las ha liado —lo reprobó la madrina.

—Pero eran sus palabras —le recordó el ahijado.

—Una mujer tiene la prerrogativa de llamar fea a otra, pero nunca un hombre, y menos un esposo.

Lorenzo masculló un improperio.

—Ordenaré a Narciso que llevé el café al jardín.

## 8

Lorenzo le debía una disculpa a su esposa. Se había esforzado mucho para que la cena fuera un éxito, y lo había conseguido. Su madrina no podía tener queja de ella salvo por su condición de extranjera, por su edad, por su cuerpo escuálido, por su cabello pagano... el conde terminó por soltar una sonrisa, podía seguir enumerando sus defectos hasta el infinito, pero no tendría que haberla llamado fea.

Desde su posición sentada en la biblioteca donde tenía su mesa de despacho, miró el orden, y lo bien que olía la estancia. Como él pasaba la mayor parte del tiempo fuera, ignoraba a qué dedicaba Roslyn su tiempo, pero a la vista estaba que todo funcionaba mucho mejor en Zambra desde la llegada de ella.

Lorenzo agitó el contenido de su copa antes de tomar un trago. El interrogatorio sufrido por su madrina lo había dejado exhausto, y los argumentos que había esgrimido para que evaluara los pros y contras de la nulidad, casi le provocan dolor de cabeza. Desde la marcha de Roslyn a la de su madrina, habían pasado tres largas horas. Emilia había expuesto toda una batería de razones para que siguiera casado con la extranjera, y Lorenzo se preguntó el motivo.

Se terminó el contenido de la copa, y dejó sin firmar varios documentos. Debía asistir el próximo mes a la Feria de Ganado de Sevilla, pues allí podía encontrar las mejores yeguas para sus sementales. También estaba tramitando la compra de unos terrenos adyacentes a la hacienda, y tenía que ocuparse de la nulidad de su matrimonio.

El conde dejó la copa sobre la mesa, y se levantó. Todos en la casa dormían, las agujas del reloj acababan de marcar las dos y diez de la madrugada. Salió con paso rápido al vestíbulo, y se dirigió hacia la escalera, pero el ruido de un chapoteo atrajo su atención.

En el palacio había muchos jardines, pero uno de ellos tenía un estanques con peces, una fuente grande mármol, y un huerto de árboles frutales que rodeaba todo el jardín. Su instinto lo dirigió hacia allí, y su sorpresa fue mayúscula cuando vio a Roslyn metida en la fuente de agua. Salvo la cabeza que reposaba en la piedra, y los pies que colgaban del reborde, toda ella estaba metida en el agua.

—¿Qué estás haciendo? —su pregunta le provocó a ella un sobresalto.

—¡Me ha asustado! —respondió la muchacha, pero sin moverse.

—¿Te estás bañando en la fuente? —Lorenzo apenas podía hablar de lo atónito que estaba.

—Es que tengo el sol dentro...

—¿Qué tratas de decir? —Roslyn soltó un suspiro largo—. ¿Has salido fuera de palacio? —ahora negó apenas con un gesto.

Lorenzo se acercó a la fuente y se quedó a centímetros del borde.

—No he salido de Zambra, pero me empeñé en escoger yo misma al ganso para cocinarlo — comenzó a explicarle con tono cansado—. Y el bicho me hizo correr demasiado en el patio grande.

El patio grande de Zambra era enorme y no tenía techo. Allí se criaban todo tipo de aves, incluso pavos reales.

—¿Has estado de nuevo bajo el sol? —le preguntó más enfadado que asombrado.

Roslyn había estado corriendo tras el ganso a las tres de la tarde.

—Siento que se me ha metido el sol dentro porque no puedo con el calor que me provoca — le aclaró ella.

—Y por eso estás metida en la fuente.

—Ahora mismo es el lugar más fresco de palacio —le explicó.

De pronto, Lorenzo soltó una carcajada, y ya no pudo parar. Roslyn era única, y, lo más asombroso, que le divertía de verdad.

—Compruebo que esta fea le divierte —lo acusó enojada y tirándole agua con la mano.

—No debí decirte algo así, fue muy poco galante por mi parte.

La disculpa la molestó todavía más: podía haberle mentido diciéndole que no era realmente fea, y que lo había dicho sin pensar.

—Fea y escuálida —le recordó dolida.

—Sal de la fuente, te vas a enfriar.

Roslyn pensó que eso era imposible. Sentía que tenía brasas por todo su cuerpo, pero obedeció. Y Lorenzo lamentó la orden que le había dado porque, cuando ella salió de la fuente, el ligerísimo camisón mojado que llevaba, se pegó a su piel mostrándole todo. En el patio solo había una luz, la de la luna, pero fue suficiente para él pues sus ojos se había acostumbrado a la penumbra.

Tuvo que parpadear y tragar con fuerza.

Con vestidos parecía más flaca, pero con el camisón mojado podía ver sus suaves curvas: las de sus senos que no eran los de una niña, y la de sus caderas. Indudablemente la buena alimentación en Zambra había puesto carne sobre sus huesos porque el cambio en ella era espectacular.

—¿Ocurre algo?

Roslyn chorreaba agua de la cabeza a los pies.

—¿Haces esto a menudo? —quiso saber.

La mujer hizo un gesto afirmativo.

—Cada vez que el sol se me mete dentro —le explicó sencilla.

—Es hora de irse a la cama.

—No soy una niña pequeña —protesto la muchacha—. Tengo diecinueve años, y pronto

cumpliré veinte.

«Tienes la edad perfecta para el amor». ¿De dónde había salido ese pensamiento?, se preguntó el noble.

—Es hora de dormir —siguió insistiéndole.

Roslyn pasó por delante de él, y Lorenzo se dijo que menos mal que tenía el cabello tan largo porque si no tendría una visión perfecta de su culo respingón. El conde la acompañó a su alcoba, tomó un lienzo del baño, y la ayudó a secarse el cabello.

—Esperaré a que se seque —le dijo la muchacha mientras sacaba un camisón seco del armario.

Lorenzo se dio prisa en marcharse porque sin saber cómo había sucedido, estaba excitado. ¿Roslyn lo excitaba? Se preguntó estupefacto.

El brandy que había tomado en la biblioteca se le debía de haber subido a la cabeza, porque de otro modo no encontraba una explicación plausible a lo que sentía en ese momento.

—Buenas noches, Roslyn.

—Buenas noches, mi señor...

## 9

Lorenzo estaba muy enojado con su madrina.

Emilia Luque había organizado una fiesta en su palacio de Clavero para presentar a la condesa de Zambra contraviniendo sus deseos de mantener a Roslyn en el anonimato. Ahora, mientras miraba la invitación formal, sintió el impulso de romperla, pero respetaba demasiado a la marquesa de Clavero como para hacerlo.

¿Qué pretendía la mujer para hacer algo así?

Él, le había dejado claro que iba a anular el matrimonio, y si presentaba a Roslyn a la nobleza cordobesa, sería mucho más difícil lograr su objetivo. Lorenzo se pasó la mano por el cabello. En dos semanas tenía previsto ir a Sevilla pues tenía pensado comprar un par de yeguas en la feria de ganado, y se sentía reacio a dejar sola a su esposa en Zambra porque iba a estar bastante tiempo fuera. Lorenzo se dijo que Roslyn era un muchacha obediente, pero demasiado curiosa, y todavía no se había recuperado de la insolación sufrida: cuando el sol apretaba, se quedaba sin fuerzas, y eso que en palacio no se sufría la rigurosidad del calor cordobés.

—Don Sebastián de la Cruz —anunció el mayordomo.

Lorenzo dejó la invitación de su madrina sobre el escritorio, y se dispuso a atender la visita.

—¡Lorenzo! —lo saludó el amigo.

—Sebastián —correspondió el conde.

—La que han liado tu madrina y mi esposa —él, ya lo suponía—. La marquesa de Clavero ha invitado a toda la nobleza cordobesa.

Lorenzo se encontró enarcando las cejas.

—No es una buena idea —susurró el conde.

—¿Y dónde está la bella desposada?

A Lorenzo le molestó las palabras de Sebastián pues las tomó como una burla.

—¿Mi madrina se ha ido de la lengua? —le preguntó.

El amigo y primo tomó asiento en el mullido sofá, y lo miró sin comprender.

—¿Por qué dices eso?

—Es que la llamé fea cuando vino mi madrina de visita, y creo que Emilia se ha ido de la lengua.

Sebastián parpadeó atónito.

—¿La llamaste fea, y delante de tu madrina? —el amigo no podía creérselo.

—Estaba repitiendo las propias palabras de la marquesa, pero Roslyn las escuchó.

Sebastián terminó por sonreír.

—No, tu madrina no me ha dicho nada, ni yo he pretendido burlarme. Es que la encuentro

bonita de verdad.

Ahora el sorprendido fue Lorenzo que tomó asiento al lado de su amigo de siempre. Narciso acaba de traer una bandeja con licor. La dejó sobre la mesa, y esperó el permiso para servirlo. Lorenzo lo despidió.

—En apariencia ha mejorado bastante porque por fin tiene carne sobre los huesos —le explicó el conde—, pero el sol la ha afectado mucho porque se marea con frecuencia, y Carmen se pasa el día obligándola a tomar café para levantarle el ánimo.

Sebastián se preocupó de verdad.

—¿Y qué dice el doctor al respecto? —le preguntó interesado.

—Que es normal en una persona del norte como Roslyn, y que terminará adaptándose al fuerte clima cordobés. —Lorenzo y Sebastián se quedaron pensativos durante un momento.

—¿Y por qué motivo no la llevas a la hacienda? En la sierra se soporta mucho mejor los rigores del calor.

Lorenzo lo había pensado. Si la anulación no llegaba para el verano, tenía pensado llevar a Roslyn a «Los Encinares».

—Dime, ¿qué motivo te trae por Zambra? —le preguntó el conde.

—Deseo acompañarte a Sevilla —respondió el amigo—. Tu madrina me contó que pensabas viajar en breve.

—En dos semanas, para la feria de ganado.

—Me gustaría regalarle a Teresa un potrillo por su cumpleaños.

—Un bonito regalo —dijo el conde—, y muy apropiado para ella.

De repente, y sin previo aviso, Roslyn empujó la puerta de la biblioteca con energía. Estaba claro que llevaba en el cuerpo más de un café.

—¡Me ha dicho Narciso que tenemos visita!

Se quedó plantada en medio de la estancia mirando fijamente a Sebastián y sonriéndole franca.

—¡Señor de la Cruz! —exclamó complacida.

Roslyn pensaba que Sebastián era un señor muy apuesto, y que siempre se había mostrado amable y gentil con ella, bueno, lo había visto solo en dos ocasiones, pero la cordialidad en sus ojos oscuros era sincera.

El hombre se levantó y caminó hacia ella.

—Condesa —le besó la mano con suma galantería, y Roslyn se ruborizó.

Lorenzo miró a su esposa, y soltó un suspiro largo. Tenía un precioso vestuario que él le había comprado y que le había costado una pequeña fortuna, pero seguía llevando las mismas ropas de siempre. ¿Qué palabra había usado su madrina? Zarrapastrosa...

—¿Qué sucede con los vestidos que te compré? —le preguntó el esposo demasiado serio—.

¿No son de tu agrado?

Roslyn dejó de mirar a Sebastián, y clavó su mirada violeta en el conde.

—Son demasiado bonitos, y no deseo estropearlos.

Su respuesta dejó a los dos hombres boquiabiertos.

—Está muy guapa, señora Del Valle —la aduló Sebastián, y en su tono se advertía sinceridad.

—Ese bonito cumplido bien se merece una respuesta apropiada por mi parte, traeré unos bollitos que he cocinado.

La muchacha no esperó una contestación, giró sobre sus pasos, y salió de la biblioteca tan rápido como había entrado.

—¿La marquesa de Zambra cocina? —la pregunta de Sebastián era de estupefacción.

Lorenzo hizo un encogimiento de hombros.

—Gracias por llamarla guapa —le agradeció Lorenzo—. Creo que lo necesitaba.

—Pero es que es cierto —insistió el amigo—. Su rostro de corazón es muy peculiar, y muy atrayente. El color de su cabello es increíble, ¿cuándo has visto ese fuego en el cabello de una mujer? Y sus ojos, ¡por Dios, Lorenzo! Jamás he visto color de ojos tan bonito como los de Roslyn.

Ahora que su amigo lo mencionaba, Lorenzo aceptó que tenía razón.

—Pero es muy flaca —respondió para contrarrestar las adulaciones de Sebastián.

—No es flaca, es muy alta —lo corrigió el otro—. Es menos voluptuosa que nuestras mujeres, es verdad, pero su buena disposición suple la ausencia de curvas.

Su esposa sí tenía curvas, salvo que Lorenzo no pensaba decírselo a Sebastián. Roslyn abrió la puerta para Narciso que llevaba una bandeja con dulces.

—La condesa ayudando al mayordomo —le susurró Sebastián a Lorenzo con verdadero humor.

—Voy a tener una larga conversación con ella —contestó el conde.

—No te servirá de nada —apuntó el amigo sonriente—. La condesa tiene criterio propio.

Lorenzo masculló por lo bajo.

—Son dulces típicos de Escocia —afirmó Roslyn con cierta impaciencia—. Carmen se ha apropiado de alguna de mis elaboraciones porque quiere recrearlas a su propio estilo —dijo orgullosa.

Deseaba que les gustara de verdad. Al primer bocado de uno de ellos, Sebastián exclamó con placer.

—Delicioso.

Roslyn no podía sentirse más feliz. Lorenzo aceptó un bollito de mantequilla, y se lo comió sin dejar de mirar el rostro arrobado de su esposa.

—Está muy rico, Roslyn —afirmó el conde—. Es lógico que le gustaran tanto a mi madrina.

—He pensado que podría enviarle una bandeja.

—Yo podría llevárselos —se ofreció Sebastián.

La muchacha lo miró con interés.

—Mi hogar esta cerca del palacio de Clavero —Roslyn esperaba que el hombre continuase, pero Sebastián estaba muy ocupado probando los dulces de la bandeja.

—El palacio de la marquesa, ¿es más grande que Zambra?

El invitado miró al conde y le hizo una mueca.

—Deberías llevarla a conocer Clavero.

Así se llamaba el palacio.

—Me gustaría —se apresuró a decir la muchacha.

Lorenzo entendió que Sebastián lo estaba provocando.

—El palacio de Clavero es más pequeño que Zambra —aclaró Lorenzo.

—Y tiene menos jardines —apuntó Sebastián.

—Zambra tiene cinco —susurró Roslyn—. El del sagrario, el de la verja, el señorial, el del huerto, y el de los sacrificios.

—¿El de los sacrificios? —preguntó Sebastián interesado.

—Roslyn se refiere al patio grande donde se crían las aves.

—Y donde las sacrificamos y desplumamos —concluyó ella.

Sebastián soltó una sonora carcajada.

—Creo que es más apropiado patio de sacrificio que patio grande —apunto el primo.

—¿Zambra es enorme! —continuó Roslyn—, no quiero ni imaginar lo que costará mantenerlo caliente en invierno con las nevadas.

—No suele nevar en invierno.

Roslyn parpadeó confusa. Ella estaba acostumbrada al clima frío, a heladas extremas y nevadas copiosas, y se preguntó cómo sería un invierno templado. Casi se derritió de placer al pensarlo.

—¿No te gusta el frío? —le preguntó Sebastián enarcando una ceja.

Roslyn tardó un tiempo en contestar.

—El calor me quita la fuerza del cuerpo, y el frío el ánimo del alma.

—Acertada similitud —contestó el invitado.

—Pero prefiero el calor al frío.

—Espera que llegué julio —murmuró Lorenzo, pero ella lo había oído.

—En el momento que me aclimate, podré conocer por fin la ciudad.

—¿Todavía no has visto Córdoba? —Sebastián estaba perplejo.

Roslyn negó con la cabeza.

—Eso es imperdonable —protestó el invitado—. Esta noche pasaremos mi esposa y yo, y con gusto te enseñaremos la ciudad.

—No es una buena idea —respondió Lorenzo por ella.

Sebastián no podía creérselo. La muchacha llevaba casi un mes en Córdoba y no había salido de palacio.

—¿Estarás preparada a las diez?.

—¿Tan tarde?

—Es la mejor hora para pasear en calesa por la ribera del río, y disfrutar de la fresca.

A Roslyn se le iluminaron los ojos, y Lorenzo terminó rindiéndose.

—Estaremos listos...

\*\*\*

Roslyn había disfrutado mucho del paseo en calesa descubierta junto a los primos de Lorenzo. Teresa era una mujer muy guapa, y con una lengua afilada. Había puesto a Lorenzo en varios compromisos con sus comentarios, y el conde optó por guardar silencio la mayor parte del recorrido.

Pudo conocer las zonas más interesantes de la ciudad, y los rincones más románticos, pero ella disfrutó especialmente la visita a una taberna muy típica que le encantó: Quebrantos, donde las mujeres servían vino, y los hombres tocaban la guitarra. Ella tenía mucha curiosidad por todo, y Teresa contestó todas y cada una de las preguntas que le formulaba. Probó un vino blanco seco que no le gustó especialmente, pero casi pilló un empacho con los variados quesos y el jamón floreado, llamado así por las láminas finas de su propio tocino que adornaban el plato.

Pasear bajo la luz de la luna agarrada al brazo de su esposo, era lo más emocionante que le había ocurrido en la vida. Y se aferró a él como si fuera un náufrago a una tabla de salvación. Cada vez que estaba a su lado, se le aceleraba el corazón, se le reseca la garganta, y sentía mariposas en el estómago.

Ella no quería que anulara el matrimonio entre los dos. Ella quería quedarse en Córdoba a su lado. Ella quería seguir soñando, pero mucho se temía que terminaría despertando bruscamente del sueño dulce en el que se encontraba.

## 10

Lorenzo había sido muy duro con ella y la había hecho llorar, pero Roslyn admitió que su esposo tenía razón. Le había comprado un hermoso y variado guardarropa, y tenía que desechar los viejos vestidos que se empeñaban en vestir. Pero ella no quería estropear los nuevos cuando cocinaba, o cuando ayudaba a las doncellas en la limpieza del hogar, y entonces Lorenzo fue mucho más brusco todavía: la condesa de Zambra no hacía trabajos de sirvienta.

Roslyn peleó con las doncellas y con Carmen por la ropa que iban a lanzar al fuego. De entre todas cogió un vestido y lo apretó junto a su pecho. La cocinera le dijo que estaba manchado y harapiento, pero ella tenía un motivo poderoso para no querer deshacerse de él. Tras la discusión, y viendo la postura firme de su señora, Carmen reculó, y Roslyn vio como echaban al fuego su viejo guardarropa, ninguno de los sirvientes pudo entender el motivo para que ella llorase, pero lo hacía de felicidad, porque nunca más iba a parecer una harapienta.

Lorenzo le exigía que vistiera y se comportara acorde a su nuevo rango, y, ahí, plantada frente a las llamas, y viendo sus viejas ropas consumirse y convertirse en ceniza, le dijo adiós a la Roslyn del pasado, y le dio la bienvenida a la condesa de Zambra.

—¡Apartaos del fuego, señora! —le ordenó Carmen—. Vais a oler como una arrapieza, y tenéis que asistir a una fiesta.

Roslyn se giró hacia la cocinera.

—¿Qué significa oler como una arrapieza?

Esa misma palabra se la había escuchado decir a la marquesa de Clavero.

—Como una persona indigente que vive en las calles —le explicó la cocinera. Fue escucharla, y descorazonarse, porque ella había olido toda su vida así—. Dadme ese vestido viejo y sucio, os lo lavaré y plancharé.

Roslyn hizo un gesto negativo con la cabeza. Carmen no podía entenderla, con el maravilloso vestuario que tenía, y apretaba junto a su pecho un trapo raído y sucio. Soltó un suspiro de impotencia.

—¿Rufina no has recogido el cabello todavía?

Roslyn seguía mirando el fuego, pero se había apartado bastante.

—Mi esposo desea que lo lleve suelto.

Carmen refunfuñó.

—No es correcto en una mujer casada.

Roslyn medio sonrió. Realmente ella no se sentía casada porque su marido no acudía a su lecho.

—¿Cómo me encontráis? —Roslyn se encontró girando sobre sí misma para que Carmen la

observara mejor.

—Ahora sí que parecéis una señora —contestó sincera—. Pero una señora llevando sobre las manos un trapo.

Roslyn sonrió. Ella se sentía una señora. Rufina le había ayudado a escoger la ropa interior: era tan fina y delicada que se sentía desnuda llevándola. Rufina escogió para el evento un vestido de seda azul oscuro que realzaba su estatura y el rojo sangre de su cabello. A juego llevaba un chal de encaje de color crema. Roslyn había protestado porque hacia mucho calor para llevar chal, pero su doncella había insistido mucho. Cuando estuvo lista, y con el cabello recogido, Lorenzo hizo su aparición en sus estancias privadas llevando un magnífico collar de zafiros, y una tiara a juego. Ordenó a Rufina que le dejara el cabello suelto, y la mujer obedeció. Cuando le colocó la tiara en la cabeza, y el collar en el cuello, le dijo que parecía una reina.

Roslyn se sintió muy hermosa, pero sobre todo cuando la mirada brillante de su esposo se clavó en ella, y la observó detenidamente: los ojos, después los labios rosados, el cuello largo y satinado, bajó la mirada y la detuvo en su busto, y ella sintió una excitación por primera vez en su vida, y fue tan fuerte que se le convirtieron las rodillas en gelatina. Le aceleró la respiración, le agitó el pulso, y deseó que su marido la besara como había leído en varios libros de romances.

—¿Estoy menos fea? —le preguntó.

Lorenzo parpadeó al escucharla.

—Me tendría que haber mordido la lengua antes de decirte eso —fue el mejor halago que podía decirle—. Espérame abajo, iré contigo enseguida.

Tiempo después, Lorenzo la encontró en la cocina hablando con Carmen.

—¿Qué haces aquí y no en el vestíbulo como te sugerí? —le preguntó.

—Me estaba despidiendo.

Lorenzo no la comprendía.

—¿Despidiéndote de quién?

Ella le mostró una sonrisa de oreja a oreja.

—De la antigua Roslyn... —le dijo de forma misteriosa—. Subo un momento a mi alcoba y bajo enseguida.

\*\*\*

El palacio de la marquesa de Clavero era espectacular, aunque no tanto como Zambra que era mucho más grande y estaba mejor situado. En Zambra las vistas sobre el río Guadalquivir eran magníficas.

Nada más llegar a la recepción, Lorenzo fue requerido por varios hombres que parecían muy importantes. Ella se mantuvo discreta, silenciosa, y mirándolo todo con interés. Más de media hora después, Lorenzo se giró hacia ella.

—Lo lamento —se disculpó—, ahora te presentaré al resto de la familia.

Y Roslyn se asombro de la cantidad de tíos y primos que tenía Lorenzo. Su esposo comenzó las presentaciones con Luis de Vilchez y Bravo, y con su hermana Isabel, ambos eran primos de Diego, el noble que se había casado con una escocesa como ella.

Isabel era la mujer más hermosa que había visto nunca. Era exquisita, pequeña. De cabellos negros y de ojos color miel.

—¡Madre mía que cabellera! —exclamó Isabel que no podía dejar de mirar a la extranjera—. Pareces envuelta en fuego —siguió diciendo.

A Roslyn no la sorprendía que la tuteara porque sabía que todos la veían muy joven, y realmente lo era.

—Es usted muy hermosa, y muy amable —correspondió ella.

—No me extraña que mi primo haya caído fulminado por la mirada de esos ojos violeta.

Lorenzo se encontró entrecerrando los ojos al escuchar a su prima.

—Me ha sorprendido gratamente conocer que mi esposo tiene tantos tíos y primos —le sonrió Roslyn a la mujer.

Isabel soltó una pequeña carcajada.

—Córdoba no es muy grande —le dijo Isabel—, y más de la mitad de la nobleza que la compone compartimos lazos de sangre.

—¿Por qué tenéis a Rosín aquí escondida? —la pregunta de la anfitriona y marquesa de Clavero logró que Lorenzo la mirara con atención.

—¿Rosín, madrina? —le preguntó el conde serio.

La marquesa se plantó frente a las dos mujeres, y le sonrió a la extranjera.

—Es un nombre más cordobés —contestó ella.

Lorenzo soltó un suspiro tanto de impaciencia como de impotencia.

—¡Oh, pero me encanta! De verdad que suena mucho mejor en este lugar —respondió la muchacha con una gran sonrisa.

La marquesa hizo un gesto altivo a su ahijado. Le había complacido la respuesta de la joven.

—Ven conmigo, muchacha, quiero presentarte a alguien.

Lorenzo ignoraba que su madrina pretendía presentarle al mismo obispo de Córdoba, y, cuando se percató de ello, se puso furioso con la mujer. Ahora tenía claro las intenciones de su madrina: presentando a Roslyn a la nobleza cordobesa, lo estaba obligando a mantener el matrnimo con ella. El conde esperó de forma paciente a que su madrina presentara a su esposa al obispo, también al corregidor, después al coronel Sigüenza, un hombre muy influyente tanto en Córdoba como en la corte de Madrid. Y cuando terminaron las presentaciones, Lorenzo encargó a su prima Isabel que acompañara un momento a Roslyn pues debía hablar con su madrina. La mujer decidió acompañar al ahijado porque veía en su rostro lo enojado que estaba con ella.

—¿Qué pretende presentando a Roslyn al obispo?

—Cumpliendo la obligación que tenías de presentar a tu esposa a la nobleza de Córdoba.

El conde lo miró muy serio.

—Esto no era necesario —respondió con voz grave.

La marquesa tomó el brazo de su ahijado y lo llevó hacia uno de los salones apartados. Lorenzo se dejó guiar aunque reticente. Una vez que estuvieron a solas, Emilia lo taladró con la mirada.

—¿Has podido iniciar los trámites? —le preguntó a bocajarro.

Lorenzo se tensó.

—Ya he recibido respuesta del arzobispo de Burgos —contestó frío.

—¿Y...? —lo animó la marquesa.

—No cree probable la anulación antes de un año —la marquesa ya lo sabía—, pero ha iniciado los trámites a petición mía.

La marquesa resopló.

—¿Cómo puedes ser tan necio?

El insultó se lo tomó muy mal.

—¡Madrina! —exclamó—. No debo permitir que me hable así.

—¿Solamente yo veo las ventajas de que mantengas este matrimonio?

—A la vista está que sí —respondió malhumorado.

—El condado de Zambra necesita un heredero —le recordó la mujer.

—No tenía ninguna intención de casarme.

—Pero lo estás, y deberías aprovechar la circunstancia. —Lorenzo no quería seguir escuchándola, pero tuvo que hacerlo—. ¿De verdad piensas que la iglesia creerá que no has mantenido relaciones íntimas con tu esposa en un año de vida en común?

Sí, lo había pensado, pero tenía la baza de la confirmación del médico, aunque primero tenía que convencer a Roslyn de que se dejara examinar.

—Esta fiesta era innecesaria —le reprochó a la mujer.

—Me he limitado a suplir la responsabilidad que tenías.

—Le puedo pedir que no se inmiscuya en mis asuntos.

—La condesa de Zambra no es un mero asunto —le recordó la mujer con mirada severa—.

Me sorprende que no te des cuenta de ello.

—¿Qué trata de decirme?

Lorenzo vio que su madrina apretaba los labios.

—Esta fiesta has sido orquestada para acallar los rumores que se han desatado en la ciudad sobre la esposa extranjera desdeñada por el conde de Zambra.

—Yo no he desdeñado a mi esposa —le aclaró.

—¿Y cómo puede entenderse que la mantengas recluida en Zambra desde vuestra llegada a la ciudad? Con tu actitud has disparado todas las murmuraciones posibles sobre ella. Muchas de ellas malintencionadas, debo decirte.

Lorenzo no había pesado en ello.

—¿Algo más, madrina? —le preguntó enfadado.

Tras la puerta cerrada comenzó a escucharse el sonido de la orquesta.

—Que te comportes como tu padre habría esperado de ti.

Ese había sido un golpe bajo. Lorenzo besó la mano de su madrina, y caminó hacia la puerta, cuando la abrió se encontró de frente con Ewan Alisdair Duncan.

—¡Tío! —exclamó el joven que lo abrazó con cariño.

—¿Cuándo has regresado a Córdoba? —le preguntó el conde.

Ewan estudiaba derecho en la universidad de Salamanca.

—Uno de los decanos ha fallecido, y mientras encuentran un sustituto, nos han dado unos días para visitar a la familia.

El joven se giró hacia la mujer que caminaba hacia los dos hombres.

—Madrina —le dijo el joven.

A ella le gustaba que la llamara así aunque no fuera su ahijado.

—Estás muy guapo, gañan —lo saludó ella—. Confío que te portes bien y te apliques en los estudios.

—De verdad que lo hago, madrina —el muchacho se giró hacia Lorenzo y le mostró una carta—. Es de la tía Marina, me anuncia que mi prometida Serena se ha casado con un inglés, y usted con una escocesa.

Lorenzo pensó que la noche se complicaba.

—Madrina, adelántese y cuide a mi esposa mientras hablo Ewan.

—No tardéis —les aconsejó la mujer.

—¿¡Casado!?! —exclamó el joven con voz estridente.

—Ahora te cuento —le dijo Lorenzo—. Cierra la puerta...

# 11

Roslyn se preguntó por qué motivo tardaba tanto Lorenzo, y cuando vio aparecer en el salón a la marquesa, se extrañó de verla sola. Se dirigió hacia ella con paso apresurado, pero la mano de Isabel la detuvo.

—Rosín —le dijo con una sonrisa, y llamándola por el nombre que le había puesto la marquesa de Clavero—. ¿Me permites que te presente a don Pedro Juan Fernández de Castro? Es el marqués de Montenegro, y gran amigo de mi hermano Luis.

Roslyn se encontró con la mirada oscura de un hombre de mediana edad muy elegante. Era un poco más bajo que ella, pero en su apostura se apreciaba que era un hombre seguro de sí mismo.

—Un verdadero placer, señora —la saludó con un brillo enigmático en los ojos.

Roslyn se dijo que era el noveno o décimo hombre que la miraba así en esa noche, y sabía que era por el color tan escandaloso de su cabello, y ahora se arrepentía de llevarlo suelto.

Las miradas de los invitados la ponían muy nerviosa.

—Milord —lo saludó ella en inglés sin darse cuenta.

El marqués de Montenegro retuvo la mano femenina más tiempo del requerido, pero era debido a la sorpresa que le causaba el rostro de la mujer, y no porque tuviera malas intenciones.

—Baile conmigo, condesa —el marqués no le dio tiempo a ofrecerle una respuesta afirmativa o negativa.

Medio la arrastró consigo, y la posicionó en medio del salón de recepciones.

—¡Pero si no hay música! —protestó Roslyn.

El marqués miró hacia la orquesta y les hizo un gesto con la cabeza apenas perceptible, unos segundos después comenzó a sonar un vals. Roslyn relajó su cuerpo en los brazos del marqués, y comenzó a dejarse dirigir en los pasos de baile. Momentos después, el resto de parejas se unieron a los dos, pero dejando un poco más de espacio entre ellos.

—Estoy sorprendido por su belleza —le dijo el marqués, y en su tono se advertía sinceridad—. Dígame, condesa, ¿son todas las mujeres tan hermosas en su tierra?

El rostro de Roslyn se incendió como su cabello al escucharlo. ¿Ese hombre tan distinguido y elegante la consideraba hermosa?

—Son mucho más guapas, créame —respondió con la verdad porque ella no se consideraba bonita, pero le gustaba mucho parecérselo a ese noble.

—Entonces me veo en la necesidad y obligación de hacer una visita a su tierra.

Roslyn terminó por sonreír.

—Será bienvenido —al momento su mirada se oscureció.

Pensó en Lammermuir, y en todas esas muchachas que ya no estaban.

—Su cabello es precioso —la halagó el marqués que no podía dejar de admirarla.

—¿No hay mujeres pelirrojas en Córdoba? —le preguntó inocente, pero el vals había concluido, y el marqués no le ofreció una respuesta.

La sujetó galante del brazo y la llevó de nuevo hacia Isabel, y se encontró que Lorenzo los miraba de una forma un tanto extraña.

—Ha sido un verdadero placer bailar con usted, condesa —le dijo casi en un susurro mientras la dejaba al cuidado de su esposo—. Tanto los Vílchez como los Del Valle tenéis una suerte endiablada.

Lorenzo sabía que el marqués de Montenegro se refería a la esposa de su primo Diego y a Roslyn: ambas extranjeras, ambas tan diferentes a las nobles cordobesas.

Cuando regresó al salón de recepciones buscándola, y la había visto bailar con Fernández de Castro, había sentido una opresión en el pecho porque su esposa lo miraba embobada, y no le había gustado nada, pero desechó el pensamiento de inmediato.

—Roslyn, quiero presentarte a mi sobrino Ewan Alisdair Duncan.

La condesa miró al muchacho con nombre escocés, y lo analizó con suma atención.

—¿Eres escocés? —le preguntó muy interesada, e inmediatamente comenzó a hablarle en gaélico.

Para su asombro, el hombre no la entendía. Era rubio, de ojos azules, y su rostro era casi tan pecoso como el de ella, pero salvo la apariencia, nada en su postura, vestimenta, y comportamiento, eran genuinamente escocés.

—Encantado, tía Roslyn —le dijo el muchacho—, pero lamento decirle que no entiendo una palabra de gaélico.

Su acento tenía esa tonada cordobesa inconfundible. Ella se hacía muchas preguntas, pero nadie parecía querer ofrecerle las respuestas.

—¡Pero eres escocés! —exclamó todavía atónita

El hombre le sonrió de oreja a oreja.

—¿Baile conmigo, tía Roslyn? —ella aceptó encantada porque tenía muchas preguntas.

—La marquesa de Clavero me llama Rosín —respondió con humor.

—Tan bonito como Roslyn —la aduló Ewan.

El conde decidió interrumpir a los dos escoceses.

—Es mi turno de bailar con la condesa —dijo de pronto Lorenzo.

Fue escucharlo, y el corazón de Roslyn comenzó a cabalgar sin freno ni control. Se puso nerviosa, le sudaron las palmas de las manos, y no podía hacer frente a todo ese aluvión de sensaciones que la desbordaron en segundos.

Lorenzo la llevó a la pista de baile, la sujetó por la cintura, y ella sintió el contacto como si la mano de su esposo fuese un guante de hierro al rojo vivo: la abrasaba. En el primer paso se

equivocó, Lorenzo la miró atento, y ella tuvo que bajar la mirada de lo perturbada que se sentía.

—Tenía que haberte preguntado si querías bailar.

Roslyn parpadeó al escucharlo ¿Creía que no le apetecía bailar con él? ¿Si lo ansiaba con todas sus fuerzas!

—¿Por qué un Escocés lo llama tío? —le preguntó mientras daban danzaban.

Roslyn recordó que Ian Douglas McGregor también lo llamaba tío.

—Ewan solo tiene de escocés el nombre —le informó—. Mi padre aceptó cuidarlo y educarlo —ella lo escuchaba atenta—. Además, era el prometido de mi sobrina Serena, y está a punto de terminar sus estudios de leyes.

Fue recordar a su amiga, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Lammermuir ya no existía, y las muchachas huérfanas estaban desaparecidas. ¿Qué habría sido de ellas? Se preguntó Roslyn.

—¿Y por qué decidió ocuparse de él el conde de Zambra? —quiso saber.

Lorenzo la miró enigmático.

—¿Por qué he decidido ocuparme de ti? —le preguntó a su vez.

Ella se puso roja como las amapolas.

—Por compasión —susurró muy bajo, pero Lorenzo la había escuchado.

—Eso podría haber sido hace meses, pero no ahora.

La mirada de ella regreso al rostro atractivo.

—¿Y ahora? —insistió Roslyn.

Pero Lorenzo ya no dijo nada más. Incluso ignoraba por qué había dicho la frase anterior. Él, la había llevado a Zambra porque estaba desamparada, porque estaba sola, ¿acaso eso no era compasión?

—¿Cuántos años tiene Ewan? —le preguntó.

—Casi veinticinco —respondió el conde.

—¿Y sigue estudiando? —su pregunta tenía un deje de incredulidad.

—Ahhh, nuestro Ewan no fue un buen estudiante de niño, pero luego se aplicó bastante, y ahora me hace sentir muy orgulloso.

—¿De verdad era el prometido de Serena? —es que no podía creérselo.

—Su tío y mi padre se conocían pues lucharon juntos contra Napoleón.

Esa era una explicación plausible, pero ella ya no pudo seguir preguntándole porque el baile había concluido.

Y de pronto, Roslyn se encontró bailando con Luis, el primo de Lorenzo. Bailó de nuevo con el marqués de Montenegro, con su hijo y heredero que era muy atractivo, pero que la ponía terriblemente nerviosa. No le gustaba su forma de mirarla pues parecía que la desnudaba.

Roslyn disfrutó mucho de la fiesta dada en su honor aunque ella lo ignorara. Isabel le prometió acompañarla de compras, y Lorenzo la seguía con la mirada seria cada vez que ella

bailaba con otro hombre que no fuera él, también cada vez que la escuchaba reír.

Se sentía feliz, amaba a todas esas personas alegres y amigables que la hacían sentir tan bien. Ella no quería separarse de Lorenzo, y se angustiaba pensando que tendría que hacerlo pronto, pero se lo debía porque se había portado muy bien con ella.

Roslyn lo amaba, pero debía aceptar la separación entre ambos.

## 12

Lorenzo leyó de nuevo el mensaje del arzobispo de Burgos. Todo estaba preparado para la anulación, únicamente tenía que aportar a la documentación el informe médico que autentificara que la esposa seguía siendo doncella. Ahora venía el mal trago de comunicárselo a ella. ¿Y si Roslyn se negaba? ¿Y si no accedía a que la examinara un doctor? Esa circunstancia le provocaba a él cierto malestar porque se había encariñado mucho con ella, también con sus ocurrencias disparatadas.

Recordó la visita a la casa de Sebastián de la Cruz y de Teresa, y el anís de moras que probó por primera vez. Le estuvo tan bueno que repitió hasta cuatro veces. Cuando regresaron a Zambra hacía tanto calor que su esposa terminó metida en la fuente incluso con la ropa puesta. La culpa no solo la tuvo el calor, sino el alcohol que había tomado, pero fue una delicia verla reír, y bromear con él de esa forma tan desenfadada.

El mayordomo acudió a la llamada del señor.

—Infórmale a la condesa que deseo hablar con ella.

Narciso hizo un gesto solemne y salió por la puerta tan silenciosos como cuando había entrado. Momentos después Roslyn entró como una tromba. Así era ella: un huracán que lo arrasaba todo.

—Mi señor, ¿deseaba verme? —le preguntó ansiosa.

—Siéntate, Roslyn.

Todo el servicio la llamaba Rosín como la marquesa, solo su esposo seguía llamándola por su nombre escocés. Ella obedeció. Lorenzo se encontró carraspeando muy incómodo pues no sabía cómo abordar el tema.

—La documentación para la anulación de nuestra boda ya está concluida.

Ella pasó de la dicha a la pena a la velocidad del rayo.

—¿Tan pronto? —se percibía la tristeza en su voz.

—Es lo que acordamos —le recordó él.

La vio asentir pero sin mirarlo. Roslyn estuvo durante un momento en completo silencio, era como si tomara y descartara opciones. De pronto, y sin previo aviso, Roslyn alzó el rostro y clavó sus ojos violetas en su esposo.

—¿Y no podríamos seguir casados? —le preguntó esperanzada—. Me he adaptado muy bien a las costumbres de Córdoba, incluso el calor ya no me doblega tanto como al principio de mi llegada.

Lorenzo la observó atento. El sol andaluz había acentuado las pecas de su rostro, y la embellecían todavía más. Con el peso que había ganado, ahora parecía mucho más lozana y fuerte.

Y el sol ya no le provocaba esa flaqueza que la dejaba sin fuerzas durante días.

—Yo no quería casarme, Roslyn —a ella se le encogió el corazón escuchándolo—. Lo decidí así cuando murió mi prometida.

La muchacha giró el rostro porque sentía deseos de llorar. Ella era muy feliz en Córdoba, adoraba Zambra, y quería a todos y cada uno de los integrantes que vivían en palacio: Narciso, Carmen, Rufina, las doncellas, el cochero, palafrenero... a todos. Y amaba con toda su alma el pilar más importante y que lo mantenía todo en pie: Lorenzo Del Valle, el amor de su vida, su esposo...

—¿La amaba mucho? —no debía preguntarlo, pero el aguijón de los celos la acicateó.

Lorenzo se tomó un tiempo en responder.

—Que la amara mucho o poco no es relevante en este momento.

Ella le sostuvo la mirada con cierta altivez que le resultó a él inesperada.

—Pero yo deseo saberlo.

A Lorenzo no le importaba nada decírselo.

—Sí, quise a mi prometida, y lamenté mucho su pérdida.

El ánimo de Roslyn le bajó a los pies, y no precisamente por el calor. ¿Cómo se luchaba con una prometida muerta e idealizada? Ella lo ignoraba.

—Entiendo —pudo responder al fin.

—Como te he mencionado, ya todo está dispuesto, pero falta un documento.

Ella lo escuchaba muy seria.

—¿Un documento? —se atrevió a preguntar.

—Un informe médico que verifique que sigues siendo doncella.

—Entiendo —volvió a decir con un hilo de voz.

—Deseo pedirte que no te opongas a un reconocimiento —Roslyn sintió que una mano de hierro le sujetaba el cuello, se lo apretaba, y le impedía respirar—. Por favor, sé que puede resultar humillante, pero es necesario porque de lo contrario no podremos solicitar la anulación.

Cada palabra que decía Lorenzo se le clavaba en el corazón como si fueran dardos afilados. Veía en su rostro que deseaba de verdad la anulación, y, en ese momento lo odiaba, lo quería, deseaba golpearlo, besarlo...

El mayordomo tocó la puerta de la biblioteca.

—El doctor Juan González dice que espera su visita.

Lorenzo había hablado con él semanas atrás, y le había enviado un mensaje la misma mañana que había recibido el mensaje del arzobispo de Burgos. Lo había escogido porque era un hombre discreto.

—¿Roslyn? —no hacía falta que dijeran nada más.

—No me negaré —aceptó al fin tras un momento que le resultó al conde interminable—.

Esperaré en mi alcoba.

Ella se marchó arrastrando más el alma que los pies. Y Lorenzo se sintió el hombre más miserable de la tierra, pero la anulación era la única solución al problema que el maldito whisky escocés había creado.

La llegada del doctor a Zambra levantó un revuelo entre los sirvientes porque creyeron que la condesa estaba encinta. Carmen ordenó al mayordomo que preparara la mejor botella de champán que encontrara en las bodegas, que ella iba a preparar un verdadero festín para celebrarlo.

Después de mantener una larga charla con el doctor, Lorenzo lo acompañó a las estancias privadas de la condesa.

Roslyn se había quitado el vestido y puesto un camisón muy recatado. Estaba sentada en el lecho mientras se recogía el largo y sedoso cabello en una trenza. Se sentía avergonzada, y la tristeza la embargaba, pero ella había aceptado la anulación, y ahora no podía desdecirse aunque lo deseara con toda su alma.

—Esperaré en la biblioteca —dijo tan nervioso como nerviosa estaba Roslyn.

Cuando Lorenzo cerró la puerta de la alcoba de su esposa, terminó apoyando la espalda en la gruesa madera. Jamás habría podido imaginar lo duro que resultaría todo. Con el ánimo tan destemplado como el de su esposa, bajó las escaleras y se dispuso a esperar.

\*\*\*

El doctor no tardó mucho en examinar a Roslyn con la vigilancia atenta de su doncella Rufina, que estaba a punto de llorar creyendo que se confirmaría el embarazo de su señora. En la biblioteca, Lorenzo se paseaba agitado, no podía explicarse la incomodidad que sentía. Lamentaba mucho tener que hacerle pasar a ella ese mal trago, pero era necesario. Caminó hacia los estantes llenos de libros, segundos después regresaba a su escritorio y miraba los diferentes documentos que esperaban su firma. Miró la hora en el reloj de carrillón, pero no era capaz de verla. Cuando más tardaba el doctor, más nervioso se sentía.

Por fin Narciso precedió al doctor que esperó a que el mayordomo se marchara, y entonces miró al conde de Zambra directamente a los ojos.

—No puedo hacer ni firmar informe alguno —le dijo abrupto.

Lorenzo parpadeó sin comprender sus palabras. Necesitó un tiempo para asimilarlas.

—¿Cómo dice?

El doctor soltó un suspiro largo.

—Su esposa no es doncella —le informó brusco—. El matrimonio ha sido consumado.

Lorenzo sintió que el corazón se le paraba en un latido doloroso.

«¿Quién? ¿Cómo? ¿Dónde?», se preguntó. ¿Con quién lo había engañado Roslyn? Lorenzo sintió que el estómago se le encogía de aprensión.

El doctor seguía esperando alguna palabra de él.

—Le haré llegar sus honorarios —le dijo seco.

El doctor lo miró preocupado porque el conde tenía en el rostro una mirada peligrosa.

—Confío en su absoluta discreción —no fue una sugerencia, y el doctor lo entendió así.

## 13

Cuando el doctor se marchó, Lorenzo se llenó una copa de brandy y se la tomó de un trago mientras se llamaba estúpido un millar de veces.

¡Claro que no quería la anulación!

Lorenzo se llenó otra copa mientras seguía bañándose en la ira. A la tercera copa estaba lo suficientemente furioso para enfrentarla. Le iba a sacar la verdad aunque fuera a golpes. Salió en tromba de la biblioteca y subió los escalones de dos en dos. No llamó a la puerta sino que la abrió bruscamente sobresaltando a las dos mujeres.

—¡Largo! —le ordenó a Rufina que estaba anudándole las cintas del corsé a su señora.

La doncella obedeció, y él no pudo esperar más tiempo.

—¿¡QUIÉN!?! —le gritó.

Roslyn se preocupó porque era la primera vez que lo veía así de furioso.

—¿A quién se refiere?

¿Se burlaba de él? Lorenzo caminó directamente hacia ella y se quedó a solo un paso de la figura casi desnuda de su esposa, alzó la mano y la colocó en el suave y largo cuello. Un instante después hizo presión con los dedos.

—¿¡QUIÉN!?! —volvió a gritar.

En ese momento hizo más presión. Lorenzo estaba colérico. Se sentía engañado, burlado. Él, que le había abierto las puertas de su casa, de su familia. ¡Iba a estrangularla!

—Me hace daño —ella trató de moverse, pero Lorenzo estaba demasiado furioso como para permitírselo.

—¿Fue en Escocia, o aquí en Córdoba?

Roslyn era inocente, pero no estúpida. Ahora sabía que el doctor le había anunciado al conde que la esposa no era virgen.

—En Escocia —confesó al fin.

Lorenzo la soltó de golpe y dio un paso hacia atrás. Esperaba que ella lo negase, incluso que se justificara, pero no esa simple afirmación.

—¿Por qué este engaño, Roslyn? ¡No lo merecía!

—Yo no quería la anulación.

«Y la muy desgraciada lo admite», se dijo pasmado.

—Te he tratado con bondad —a Lorenzo se le quebró la voz—. Te he abierto las puertas de mi casa. Te he vestido de sedas...

Roslyn parpadeó al escucharlo, y la luz penetró en su mente.

—¿De qué me acusa? —le pregunto con voz estrangulada.

—De infiel y mentirosa —la acusó—. Y si crees que esta infamia va a servirte de algo, estás muy equivocada.

El médico había confirmado que ella no era virgen, y el muy necio... el muy necio. Roslyn caminó hacia el armario, rebuscó entre sus prendas hasta que encontró lo que buscaba. Le lanzó el vestido que Carmen no había podido quemar porque ella se lo había impedido.

—Confío que recuerde esta prenda —Roslyn se la lanzó al rostro.

Lorenzo lo sujetó entre sus manos antes de que cayera al suelo. ¡Era el vestido de ella! El que llevaba puesto cuando pasaron el día en Edimburgo, cuando compraron el whisky, cuando terminaron casados.

—¿Qué significa esto? —le preguntó, aunque no hacía falta.

Sujetar el vestido de ella entre sus manos le había despertado un recuerdo muy escondido en su interior: el jardín de Ruthvencastle, el bancó entre los árboles del huerto. Ella sobre él, ella debajo de él... Lorenzo tragó la saliva espesa y cerró los ojos. Él, besándola, acariciándola, tomándola de forma brusca por culpa del alcohol...

Lorenzo se sentía morir de la vergüenza.

—Compruebo que ahora sí lo recuerda —le dijo muy seria.

Casi no podía respirar de lo abrumado que estaba.

—¿Y por qué demonios no dijiste nada cuando mi hermana nos despertó? ¿Por qué callaste? —le increpó más furioso todavía.

Lorenzo había hecho el ridículo más espantoso de todos: delante de su tía, del arzobispo, del médico... de ella.

La mirada de Roslyn se desvió del rostro de su marido visiblemente turbada.

—Porque no quería dejarlo como un mentiroso delante de su hermana, delante de todos —respondió apenas con un hilo de voz.

Lorenzo se pasó la mano por el cabello en un intento de ordenar sus pensamientos.

—¡Madre mía, Roslyn! —él, había jurado y perjurado que no la había tocado.

¿Cómo había podido olvidarlo? ¡Porque estaba tan borracho como una cuba! Y se preguntó por qué motivo ella había mantenido silencio.

—Me prometió que la segunda vez sería mejor, me llevó a su lecho, pero se quedó dormido, y yo a su lado.

Todo era cierto, ahora lo recordaba. La llevó en brazos y desnuda a su dormitorio. La dejó sobre la cama, y, entre beso y beso, ella le enrolló una cinta, la anudó a su propia mano, y, lo siguiente que recordaba fueron los gritos de su hermana Marina despertándolo.

—Dejamos tu vestido manchado con tu sangre virgen en el jardín de Ruthvencastle —susurró con voz muy baja, como si hablara solamente para sí mismo.

Lorenzo se dijo que cualquiera podría habérselo llevado, lavado, quemado. La vio bajar la

cabeza muy avergonzada.

—Yo también estaba afectada por el whisky, y me olvidé del vestido, pero no así el sacerdote que nos unió en matrimonio —le reveló Roslyn con el rostro lleno de vergüenza. Y Lorenzo recordó al párroco entrando y saliendo de Ruthvencastle como si fuera su propia parroquia—. Me dijo que lo guardara, que tenerlo conmigo me protegería —la muchacha se quedó pensativa durante unos instantes—. Me dijo que no sería la primera infeliz que... —le fue imposible terminar.

Y así era, se dijo Lorenzo. Si Roslyn no se lo hubiera lanzado al rostro, el recuerdo seguiría dormido dentro de él, y él seguiría acusándola de adúltera o de cosas peores.

—Ya no es posible la anulación —dijo el conde, pero con un tono de voz tan desesperanzador, que le provocó a ella una angustia inmensa.

—Acepté la anulación por ti —lo tuteó por primera vez y sin dejar de mirarlo a lo ojos—. Y de verdad que esperaba que el médico no notase que ya no soy doncella —Lorenzo la vio ruborizarse por completo—. Ocurrió solo una vez.

Le aclaró, como si ese detalle fuese lo más importante el mundo.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Lorenzo cabizbajo.

Era una pregunta retórica que no requería respuesta, sin embargo, Roslyn se la ofreció.

—No podemos solicitar la anulación, pero podemos separarnos.

Eso era inviable se dijo Lorenzo. Él, quería la anulación cuando la creía doncella, ahora no tenía sentido.

—Tengo que pensar —dijo de pronto.

—Esto no cambia tus sentimientos —ella hacía referencia a la necesidad de él de separarse de ella—. Ni los míos —ahora se refería a la necesidad que sentía ella de seguir junto a él.

—Esto lo cambia todo —Lorenzo le había señalado el vestido antes de dejarlo sobre el lecho y salir de la habitación con paso rápido.

Roslyn no sabía qué esperar de todo lo sucedido.

Y para acrecentar su angustia, no vio a Lorenzo durante los siguientes días. Se marchó de forma precipitada a la hacienda, y sin decirle nada a nadie. Ella se quedó esperando en Zambra con el alma en vilo.

No quería marcharse, pero tendría que hacerlo.

## 14

En la hacienda, Lorenzo esperó encontrar la paz, pero no fue así. Casi todo en la hacienda requería jornadas largas y terminar con los músculos doloridos. El verano anterior desarrolló un plan de pastoreo para el ganado, y en ese momento estaba ayudando a Juan, el capataz, a reparar más de dos kilómetros de cercas. Poner cercas era la tarea que menos le gustaba, especialmente en época de calor, pero se volcó en el trabajo hasta quedar exhausto.

Sin embargo, todo el trabajo y la distancia que había puesto entre Zambra y él, no lograron hacerlo sentir mejor. Se sentía furioso consigo mismo, con el maldito whisky escocés, aunque su bodega estaba bien servida de ese brebaje maligno. Y Roslyn, su esposa, que ahora era la condesa de Zambra, y que había sido ignorada por él, seguía esperando una decisión suya. Pero Lorenzo se sentía incapaz de tomar una resolución sobre ellos. Él, había tenido muy claro que no quería casarse, pero lo estaba, y con una muchacha que no tenía los veinte años, además de extranjera y demasiado delicada para el fiero clima cordobés...

—Me dijo Juan que te encontraría aquí.

La voz de Sebastián le hizo alzarse de su posición en cuclillas y girarse hacia él.

—¿Qué haces en la hacienda? —le preguntó al primo.

—Rescatarte —contestó el otro sin ambages.

—¿Te parece que necesito salvamento?

Sebastián descendió de la montura, y sujetó las bridas a la cerca que su primo reparaba.

—El conde de Zambra haciendo trabajos de labriego —recitó el primo.

—Necesito mantener la cabeza y las manos ocupadas.

Sebastián sonrió socarrón.

—¿Y funciona?

Lorenzo optó por quitarse los guantes de trabajo, y se caló mejor el sombrero.

—No.

—¿Qué te pasa, primo? —le preguntó Sebastián—. ¿Cómo puedo ayudarte?

El noble hizo una inspiración profunda, y negó después con un gesto leve.

—Nadie puede —contestó al fin—, salvo yo mismo.

—Rosín está muy preocupada por ti —Lorenzo hizo una mueca por la boca—. Todos lo estamos.

Ya todos llamaban a Roslyn de esa forma, y con el beneplácito de ella.

—Le enviaré un mensaje —aceptó Lorenzo.

Sebastián estaba realmente preocupado por su primo.

—Desde que murió Álvaro, no eres el mismo.

Esa era una verdad innegable.

—Llevo toda la vida preparándome para asumir la obligación del título, de la herencia, de todo, y me pesa en el ánimo tal responsabilidad.

—Sobre todo la de conseguir una esposa y dar el heredero que el condado necesita.

Lorenzo soltó un suspiro largo.

—Mi padre sufrió tanto con la boda de mi hermana con un extranjero, que me prometí a mí mismo no caer en el mismo error.

Sebastián podía entenderlo.

—Y vas y caes de cabeza —contestó.

—Elegí a la mujer perfecta —continuó Lorenzo refiriéndose a su prometida fallecida—. De rango indiscutible, de herencia mayor que la mía propia...

Sebastián lo cortó.

—¿La querías?

Lorenzo lo miró sin un parpadeo.

—Fue la que elegí.

Sebastián hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Era la que habría elegido tu padre —lo corrigió severo.

El rostro de Lorenzo se veía atormentado.

—Siento que le he fallado —susurró el noble cabizbajo.

—De ahí el empeño por anular el matrimonio con Rosín, ¿verdad?

Ahora lo vio apretar los labios.

—Es una niña —murmuró el conde—, y tan frágil.

—No es tan niña como te dices a ti mismo para tranquilizar tu conciencia —respondió el otro—. Es una mujer valiente, guapa, demasiado alta para ti, es cierto, pero dudo mucho que sea tan frágil porque estoy seguro de que te dará unos hermosos hijos.

—Ya no puedo anular el matrimonio —en la voz del conde se advertía enorme pesar.

—Lo sé —contestó Sebastián—. La noticia corre de boca en boca más rápido que la pólvora prendida —Lorenzo lo miró atónito—. Yo que tú iría despidiendo a esas dos sirvientas de lengua viperina que tienes.

Lorenzo se sentía avergonzado. Había gritado como un loco en Zambra cuando el doctor le informó de que no podía realizar el informe que necesitaba para solicitar la anulación. No le había importado que todo Córdoba lo escuchara.

—Roslyn no tiene la culpa —insistió Lorenzo—. Y me he portado muy mal con ella.

—Pero estás a tiempo de enmendarlo.

Le aconsejó el amigo.

—Me pesa el apellido Del Valle.

Sebastián se había cansado de la actitud derrotada de su amigo.

—Rosín no tiene tu linaje, es cierto. Tampoco una extensa familia de la alta aristocracia como los Del Valle, pero es una buena mujer que se afana en hacerte feliz. Eres todo su mundo, y cualquier hombre mataría por eso.

Esa era una gran verdad. Desde su llegada a Zambra, todo era mucho más divertido y funcionaba mejor gracias a su empeño.

—¿Soy todo su mundo? —preguntó con humor.

Sebastián desató las bridas del semental de la cerca.

—Cada vez que estás cerca de ella, florece —comenzó Sebastián muy serio—. Se le iluminan los ojos. Sonríe con tanto ardor que logra que haga más calor en Córdoba, lo juro —ahora sí que arrancó una carcajada de buen humor Lorenzo—. No es la mujer que habría elegido tu padre...

Lorenzo lo cortó.

—Ni yo.

Sebastián hizo un encogimiento de hombros.

—La eligió por ti el whisky, pero podría haber sido peor.

Las cejas de Lorenzo se arquearon.

—¿Peor? —preguntó.

El amigo acababa de montar en el semental.

—Podrías haberte casado con una anciana, o con el mismo cura que os unió en matrimonio.

Lorenzo desató también las bridas de su semental y lo montó de un impulso.

—Cierto —admitió.

—Pero el whisky eligió para ti una preciosa muchacha de cabellos de fuego y de mirada violeta —le recordó el amigo—. Es hora de que lo aceptes, lo asumas, y des a Zambra el heredero ansiado.

—Tú si sabes levantar ánimos —respondió Lorenzo sarcástico.

—Pues ya que he hecho mi labor samaritana del día, espero que me invites a una botella de ese brebaje escocés que tanta fama tiene.

—¿Estás seguro? —le preguntó Lorenzo.

—¿Y tú? —el conde sabía que su amigo no se refería al whisky sino a su relación con su esposa.

—Ya no tengo remedio —confesó sincero.

—¿Y cuándo has tenido tú remedio? —se burló Sebastián.

Lorenzo terminó resoplando al mismo tiempo que espoleaba su montura de regreso a la hacienda.

\*\*\*

Roslyn había estado muy ocupada durante los días que Lorenzo estuvo ausente. La anulación ya no era posible, así que ordenó redecorar la habitación principal de Zambra para el futuro de ella y de Lorenzo. Roslyn no se había educado como una aristocrática, pero tenía un gusto innato para las telas, y, gracias a las enseñanzas que había recibido en Lammermuir, pudo elegir acorde al rango que ahora ostentaba como condesa de Zambra: seda clara para el entelado de las paredes, y seda de damasco en color borgoña para las cortinas. Además, había ampliado la bodega añadiendo un trastero que no servía para nada, y había ordenado limpiar las botellas que estaban cubiertas de polvo.

Narciso había protestado porque las órdenes no procedían del señor de la casa, pero Roslyn se había mostrado implacable. También ordenó reparar el suelo de madera del salón de bailes que llevaba mucho tiempo en desuso. Ella pensaba organizar pronto un evento donde haría su presentación oficial porque estaba cansada de esconderse.

—Veo que estás muy ocupada, Rosín.

La voz de la mujer le provocó un sobresalto. Roslyn se giró rápida.

—¡Madrina! —exclamó sorprendida al verla.

—No soy tu madrina, pero seguro que lo seré de tu primer hijo varón y heredero.

Roslyn parpadeó con humor al escucharla.

—No me han anunciado su visita —le explicó a la mujer.

—Es que pretendía pillarte con las manos en la masa.

A la vista estaba por la expresión de su rostro, que Roslyn no la había entendido.

—¿Con las manos en la masa? —preguntó confundida.

—¿Qué hace la condesa de Zambra para estar cubierta de polvo hasta las pestañas?

Eso era fácil de responder.

—Tomando algunas decisiones para mejorar Zambra.

—A este mausoleo ya le hacía falta las manos de una mujer —contestó la marquesa—. Pero deberías pedir consejo a personas más experimentadas que tú —ahí estaba la crítica, se dijo Roslyn—. ¿Y dónde se encuentra el flamante esposo?

—En la hacienda —contestó la muchacha.

—¿Cuándo Córdoba arde en murmuraciones?

Esa pregunta le causó gracia.

—Córdoba no necesita yesca para arder, se basta sola.

La marquesa la miró sorprendida por su respuesta.

—Pues tenemos que apagar el fuego —le dijo al mismo tiempo que la incitaba a seguirla.

Roslyn se limpió las manos en el delantal blanco y se atusó un poco el cabello desgreñado. Siguió a la marquesa con paso indeciso. Cuando Narciso les abrió la puerta de la biblioteca, la mujer lo miró sin un parpadeo.

—La condesa desea hablar con Tomasa y Macarena —Roslyn la miró sorprendida—. Vas a despedirlas.

—¿Por qué? —le preguntó con interés.

—Para comenzar a apagar el fuego que han prendido con sus chismes.

A ella le importaban muy poco los chismes porque no les daba crédito.

—¿Y no avivaremos el fuego todavía más con sus despidos? —le preguntó.

—Ninguno de los criados debe cuestionar lo que sucede en el interior de Zambra —le recordó la mujer—, mucho menos divulgarlo —Roslyn entendió—. De ahora en adelante yo elegiré al personal de servicio de Zambra.

—¿Es necesario?

Le preguntó Roslyn sincera, y sin ánimo de molestarla.

La marquesa no pudo evitar enternecerse con la muchacha. Veía sinceridad en sus ojos, amabilidad en sus gestos, pero debía mostrarse más firme y decidida.

—Eres demasiado generosa —la elogió la mujer—, y se aprovechan de esa cualidad cristiana.

—Pero eso no es malo.

—Malo no, desafortunado —la corrigió—. El personal de Zambra no solo debe parecer discreto, debe de serlo.

Y Roslyn pasó el peor trago de su vida despidiendo a Tomasa y a Macarena. Las dos doncellas lloraron y suplicaron perdón, y cuando ella estuvo a punto de dárselo, la marquesa intervino y fue demoledora: las echó con cajas destempladas. Momentos después de la marcha de ellas, Emilia le pidió a Narciso que fuera hacia su carruaje que esperaba en la puerta, y cinco minutos después entraron en la biblioteca de Zambra tres mujeres.

—Rosín, te presentó a tus nuevas doncellas —decir que Roslyn estaba sorprendida era poco—. Lola Giménez, Gloria López, y Manuela Vives.

Las tres mujeres le hicieron la correspondiente venia.

—Es un placer recibirlas en Zambra —correspondió ella.

—Las tres trabajaban bajo mi servicio en el palacio de Clavero, y ahora lo harán para ti.

—Estoy abrumada —dijo Roslyn sincera.

—Son eficientes y discretas —continuó la marquesa—, y comenzarán ahora mismo.

—¿Ahora mismo? —preguntó la condesa superada.

—Mientras tú y yo organizamos la mayor fiesta que se ha celebrado en Zambra.

—¿Ah, sí? —preguntó más confundida todavía.

—Será el próximo sábado.

Faltaban solo tres días.

—¿Tan pronto? —preguntó espantada—. ¡No he enviado ninguna invitación!

—Ya lo he hecho yo por ti.

Roslyn apretó los labios ofendida. La marquesa podía ser la madrina de su esposo, pero se estaba tomando demasiadas libertades que no le correspondían.

—Zambra no está preparado.

El brillo en los ojos de la mujer tenía que haberla advertido de sus intenciones.

—Zambra lo estará, igual que tu esposo, ya me encargo yo de ello.

Roslyn no sabía qué pensar, pero estaba claro que la marquesa de Clavero se había declarado su protectora. Iba a hacer de ella una auténtica condesa, e iba a arrancar cuantas cabelleras hicieran falta si alguna desgraciada opinaba lo contrario.

## 15

Lo último que esperaba encontrarse Lorenzo en su palacio de Zambra, era una fiesta por todo lo alto. Por la cantidad de carruajes aparcados a lo largo de la ribera del río, la asistencia debía de ser multitudinaria. El mensaje de su madrina había sido escueto en palabras, firme en indicaciones, y sin opción a réplica por su parte. Aunque él ya tenía decidido regresar a Córdoba desde la visita de su amigo Sebastián. Menos mal que se había vestido casi adecuadamente, porque el traje no era de gala, aunque lo parecía.

Cuando la pequeña calesa que conducía se adentró en las cuadras de Zambra, pudo escuchar la música de la orquesta desde el salón de baile. ¿Cuántos años hacía que no se utilizaba el salón árabe? La última vez fue en el veinte cumpleaños de su hermana Marina, justo el mismo día que descendió por la celosía para escaparse y despedirse de su amiga del alma, Ágata.

¡Cuánto había llovido desde entonces!

Lorenzo vio a sirvientes en Zambra que no conocía, e iban vestidos con trajes acordes a la ocasión y con los colores de su casa. Nadie salió a recibirlo, él tampoco lo esperaba pues llegaba de incógnito. Recorrió el jardín principal: había parejas bebiendo y charlando bajo la luz de la luna que esa noche brillaba en todo su esplendor.

Se ajustó el pañuelo del cuello, y dejó centrado el alfiler de diamantes y rubíes. Se mesó el cabello para ordenarlo, e hizo su entrada triunfal en el gran salón. Sus ojos buscaron la figura de Roslyn, y la encontraron enseguida pues se encontraba bailando con el hijo mayor del marqués de Montenegro. Su esposa iba vestida en seda de color verde oscuro que realzaba todavía más su cabellera de fuego. El complicado recogido ya comenzaba a escorarse hacia la izquierda, pero a ella no parecía importarle pues conversaba animadamente mientras giraba en la danza.

¿Era el corte del vestido, o su esposa había aumentado en curvas exponencialmente? ¿Desde cuándo tenía el busto tan marcado, y las caderas tan voluminosas?

—Un poco más tarde y llegas para Navidad —escuchó decir a su madrina.

—La veo estupenda —respondió entrecerrando los ojos, pero no era a su madrina a quien miraba sino a la escocesa que bailaba con descaro con uno de los solteros más libertinos de Córdoba.

—Está bien feo que devores a tu mujer con los ojos —Lorenzo giró la cabeza para clavar la mirada en su madrina—. Ya compruebo que te gustaría comértela con la boca.

Al final terminó por sonreír. Tenía la madrina más madrastra de la historia universal.

—Presumo que se alegra de verme —le dijo jocoso.

La mujer refunfuñó. Tenía la edad y la posición para comportarse como mejor le pareciera.

—Llegué a temer que decidieras no venir.

Lorenzo la miró con atención.

—Aprecio demasiado mi cuello para desoír una orden suya tan tajante.

La marquesa terminó por reír. Adoraba a ese ahijado que la fortuna le había obsequiado. Emilia no había podido tener el heredero deseado para el marquesado de Clavero, y por eso se había volcado tanto con el conde de Zambra.

—Ya no parece tan fea —murmuró la mujer viendo a la condesa bailar.

—El patito feo se ha convertido en cisne —susurró el esposo.

—Y ni te imaginas lo que trabaja ese patito —contestó de forma enigmática—. Yo, que soy una mujer de grandes inventivas, soy una sombra a su lado.

—Roslyn posee mucha energía.

—Rosín —lo contradijo la madrina—. Tiene mucho ímpetu, pero no sabe administrarlo.

—Es muy joven —le susurró el conde.

Seguía muy atento las cabriolas del baile que mantenía su mujer con el heredero de Montenegro.

—Tu madre a su edad tuvo a tu hermana Marina —replicó la madrina. Lorenzo la miró perplejo—. La condesa de Zambra cumple hoy veinte años.

Ahora se quedó abochornado. Él, desconocía el día de cumpleaños de su esposa, y por eso no le había comprado ningún regalo.

Emilia supo lo que cruzó por la mente de su ahijado.

—Ya lo he hecho yo por ti —respondió la mujer sin que le hubiera preguntado—. Y te aseguré que le encantará.

—Miedo me da preguntar cuánto me costará.

La marquesa bufó.

—Mucho menos de lo que esa muchacha se merece —replicó la marquesa sin dejar de mirarlo.

Lorenzo todavía tenía que descubrir todo lo que había logrado Roslyn en su ausencia. Zambra era enorme, pero ella controlaba la casa muy bien. Era indudable que había sido bien instruida, o que había sido muy aplicada.

—Como no se la quites ya a ese gañan, igual te la roba.

Lorenzo no necesitó más invitación. Caminó directo hacia su esposa, y la sujetó del brazo. Como ella estaba de espaldas no se había percatado de su llegada. La mirada que le dedicó cuando se giró y lo vio, le hizo alcanzar las estrellas. Nunca ninguna mujer lo había mirado con esa fascinación y arrobamiento.

—¡Lorenzo! —exclamó encantada—. ¿Cuándo has llegado?

—Hace unos minutos —contestó él.

La orquesta comenzó un nuevo vals, Lorenzo la posicionó entre sus brazos, y comenzó a girar

con ella con la música de fondo.

—¡Gracias! —le dijo ella de pronto.

—¿Por qué?

—Por mi maravilloso regalo —Lorenzo ignoraba qué le había comprado su madrina a su esposa, pero no podía preguntárselo sin delatarse.

—Estás muy bella —le dijo para cambiar de tema.

—¿Me encuentras menos fea? —respondió la mujer con humor.

—Hace tiempo que te encuentro muy deseable.

Esa respuesta le hizo perder pie, pero Lorenzo la tenía bien sujeta.

—Me preocupó tu marcha —le dijo sincera.

Lorenzo se tomó unos segundos en responder.

—Necesitaba tiempo para pensar, y para superar mi vergüenza.

—¿Vergüenza? ¿Por qué?

El noble se inclinó hacia el oído femenino y le susurró de forma baja. Y menos mal que lo hizo porque tras escucharlo el rostro de Roslyn se incendió como una pira.

—Yo no me acuerdo —respondió franca.

—Pero eso no cambia que tu primera vez fuera tan nefasta.

Roslyn parpadeó muy cohibida. No estaba acostumbrada a ese tipo de conversación tan íntima con Lorenzo.

Para el resto que observaban la escena entre los condes de Zambra, resultaba claro como el agua que los dos estaban muy enamorados.

—Si no lo veo, no me lo creo —le dijo Teresa a Sebastián—. ¿Es mi primo el que babea mirando a la escocesa?

—Está mirando a su esposa como yo te estoy mirando a ti —respondió Sebastián zalamero.

—¡Pero si se la come con los ojos! —exclamó la mujer sin haber escuchado una palabra de Sebastián.

El hombre terminó por soltar un suspiro largo.

—Ella también se está dando un buen festín con los ojos —replicó el hombre.

Teresa giró el rostro para mirarlo, y se encontró con unos ojos burlones.

—Si quedaba algún resquicio de murmuración, esta fiesta ha conseguido extinguirlo.

—La marquesa de Clavero sabe hacer las cosas bien.

Esa mujer era la artífice de que ambos estuvieran unidos y amándose con locura. Años atrás Sebastián bebía los vientos por Marina Del Valle, y ella por otro, pero Emilia había logrado un imposible: que ambos encontraran en el consuelo mutuo las fuerzas para superar el desengaño y salir adelante.

—¿Qué has hablado con mi primo Lorenzo? —le preguntó la esposa.

Sebastián dejó de mirar a la pareja que bailaba, y buscó entre la multitud la silueta de la madrina. La mujer era muy elegante, y tenía una seguridad en sí misma que admiraba a todos.

—Tu primo estaba muy perdido entre la culpa y la vergüenza.

—El peso de Zambra es demasiado grande —admitió la prima.

Sebastián no opinaba igual pues no era el peso de Zambra, mas bien el de Álvaro Del Valle que era tan perjudicial como sostener entre los hombros el peso de una montaña.

—No hemos hablado mucho —le aclaró Sebastián—, pero creo que tu primo se ha liberado del peso que lo mantenía agobiado y sin capacidad de movimiento.

—Pues me alegro —afirmó la prima.

—¡Baila conmigo! —le pidió el esposo.

Teresa no pudo rechazarlo. Amaba a Sebastián con toda su alma, y rezó en silencio para que Rosín amara a Lorenzo de igual manera.

## 16

Roslyn no se sentía cohibida, ni la cubría la vergüenza. Se había puesto sus mejores ropas interiores, y, ahora, esperando la llegada de su esposo, se sentía renacida.

Sabía que había llegado el momento. Lorenzo se lo había susurrado mientras bailaban, pero ella sentía incertidumbre mientras esperaba.

Había hecho un buen trabajo en Zambra, sobre todo en la alcoba principal que ahora sería la de ellos, porque Roslyn la había decorado con esa intención. Lorenzo dejaría su habitación de soltero, y ella la suya de invitados. Eran marido y mujer, ya no era posible una anulación, y ella había decidido al respecto.

La fiesta por su veinte cumpleaños había sido todo un éxito. El gran salón de Zambra estaba lleno a rebosar de regalos que no había abierto porque ella decidió hacerlo por la mañana, ahora solo tenía ánimo para un pensamiento: que su esposo le hiciera el amor por fin sin los efectos del alcohol. Quería que fuera consciente de cada cosa que le hiciera, quería ver el deseo en el brillo de sus ojos, quería ser el centro del universo para él...

Roslyn se extrañó de su tardanza.

Se bajó del enorme lecho, y se calzó las zapatillas, se colocó la preciosa bata, y se anudó el cinturón. El tejido era tan transparente que apenas cubría su desnudez, pero esa había sido precisamente su intención.

Cuando abrió la puerta de la alcoba, escuchó voces. Era su marido que la llamaba. Roslyn sonrió y asomó la cabeza.

—¿Te has perdido? —le preguntó.

Y lo vio ofuscado y confundido a partes iguales.

—No estabas en tu alcoba, y creo que he abierto todas las de Zambra buscándote.

Ella seguía parada en el umbral de la principal.

—Te estoy esperando —casi cantó sonriente.

—¿Me estás esperando ahí?

A Lorenzo le parecía impensable que ella ocupara la alcoba que antaño había sido la de sus padres, y anteriormente la de sus abuelos.

—Es lo adecuado —le dijo ella sonriente.

El conde la miró con ojos entrecerrados. Otra mujer habría mandado unir dos alcobas para no tener que compartir la de los suegros. Y cuando Lorenzo entró a la habitación que habían ocupado sus padres en vida, abrió la boca por la sorpresa: estaba irreconocible.

—¿Esto lo has hecho tú? —le preguntó asombrado.

—Yo solo contraté al arquitecto, y escogí las telas.

—No parece la misma estancia.

—Es la mejor de Zambra —le dijo ella—. La que debemos ocupar nosotros.

—¿No te importa? —estaba sorprendido.

—¿Por qué habría de importarme? —le preguntó, aunque no permitió que le respondiera—.

Aquí fuiste concebido, y aquí concebiré yo...

Contra todo pronóstico, Lorenzo se ruborizó.

—He visto la bodega ampliada —le dijo—, la nueva alacena, y el cambio en la cocina.

—Era necesario pues yo también cocino —le explicó ella—. Me encanta cocinar para ti.

—La condesa de Zambra no cocina —la reprobó él.

—Además de condesa, soy esposa, seré madre, y tengo a mi cuidado todo el personal de Zambra, por supuesto que cocinaré y supervisaré todo lo que saldrá de allí.

Lorenzo se dio por vencido.

—No voy a discutir contigo.

—Me alegro.

—Mientras no aparezcas delante de visitas llena de plumas.

Los hombros femeninos se agitaron al escucharlo.

—Me estoy enfriando —lo provocó.

Y Lorenzo hizo lo que no recordaba haber hecho en Ruthvencastle. La empujó fuera de la estancia, la alzó en brazos y cruzó con ella de nuevo la habitación. Con mucho cuidado la dejó sobre la cama.

—Me alegra de que no seas una mujer ociosa —le dijo mientras se despojaba del batín color burdeos—. Zambra resplandece gracias a ti.

—Tu madrina no me permitiría la ociosidad, es una mujer de energía inagotable.

Lorenzo estaba de acuerdo con ella.

—Hace mucho tiempo que enviudó, además no tiene hijos, no ha podido dar salida a toda esa energía que posee —le explicó el marido.

—Entonces, ¿le buscamos un esposo? —preguntó ella.

Lorenzo terminó por cerrar los ojos en un gesto inconfundible.

—No hay en toda Córdoba hombre capaz de doblegarla.

Roslyn terminó riendo.

—¿Un escocés, quizás? Conozco al párroco de Edimburgo.

Fue escucharla, y soltar una carcajada. Por algún motivo la imagen de Fearghas le vino a la cabeza. Un instante después negó con un gesto de humor.

—¡No! —exclamó el conde.

—Me alegro de que hayas regresado —confesó ella sosteniéndole la mirada.

Lorenzo soltó un suspiro largo.

—Durante muchos años, sufrí la aflicción de mi padre porque su única hija se casó con un extranjero —ella sabía que se refería al laird de Ruthvencastle—. Mi padre vivió lleno de amargura y resentimiento. Jamás perdonó a mi hermana su elección, y yo me juré que no cometería el mismo error que Marina.

Roslyn no sabía qué decir al respecto.

—Me habría ganado a tu padre —afirmó rotunda porque no quería ver tristeza en los ojos de su amado—. Habría logrado su afecto.

Lorenzo sonrió suavemente.

—De ahí mi obcecamiento en obtener la nulidad de nuestro matrimonio, no porque lo merecieras, sino por la promesa que le ofrecí a Álvaro Del Valle el día de su muerte.

—Lo siento mucho —se condolió ella de verdad.

—Pero mi padre ya no está, y yo he roto la palabra que le ofrecí, ahora solo me resta luchar para continuar su legado y honrarlo.

—Lo haremos juntos —le ofreció ella que seguía mirándolo atentamente.

—Eres una buena muchacha, con el mejor corazón... —ella lo interrumpió.

—¿Y bonita? —le preguntó porque necesitaba oírsele decir.

—Al menos la más bonita para mí.

Lo siguiente que hizo fue besarla de forma tierna, luego apasionada. A Roslyn le costó arrancarse, pero cuando le echó los brazos al cuello, ya no lo soltó. Lorenzo fue tierno, paciente, como si fuera la primera vez para ella, y en cierta forma lo era, porque si él no recordaba la primera vez entre ambos, ella tampoco lo recordaría.

—Y yo que te creía huesuda —murmuró al mismo tiempo que acariciaba con los labios los senos turgentes.

—Tengo buen apetito —dijo ella excitada por todo lo que le hacía.

Roslyn había temido ese momento como ningún otro porque temía defraudarlo, pero Lorenzo le estaba haciendo unas cosas que lograba que olvidara todo salvo sentir.

—Tienes pecas hasta en el ombligo —lo escuchó decir.

—Es... el sol... cordobés que traspasa... hasta... la ropa —pudo decir entrecortada.

—Si hablas me desconcentras.

Roslyn se preguntó cómo podía hablar teniendo la boca ocupada en...

—¡Por San Andrés! —exclamó cuando la boca de él se detuvo en una parte muy íntima de ella.

Y con besos y caricias, Lorenzo la llevó a la cima más alta, y cuando la tuvo allí, la soltó de pronto creándole un maremoto de sensaciones que estallaron al mismo tiempo.

Roslyn fue la primera condesa de Zambra en despertar a todo el servicio con sus gritos de placer, afortunadamente, los criados de la casa no solo parecían honestos, sino que lo eran...

\*\*\*

Marina miraba a Brandon con una sonrisa. Acababan de llegar a Córdoba, y su esposo ya mostraba lo mal que llevaba el calor del sur. Iba vestido con ropas mucho más ligeras, como tenía el cabello largo por los hombros, algunos mechones rubios se le adherían al cuello.

—Te juro que no sé cómo lo soportáis —le dijo Brandon a su mujer al mismo tiempo que se enrollaba las mangas de la camisa hasta el codo.

—Has sido tú el que ha insistido en venir en esta época —le recordó ella—. Y por favor, no me hables en gaélico el tiempo que estemos aquí.

Brandon bufó de esa forma tan típica en él.

—Sé que disfrutas mucho con nuestros nietos —afirmó al mismo tiempo que miraba tras la ventanilla del carruaje—, pero ya era hora de venir a Zambra para hablar con Ewan, y confesarle todo de una vez —Brandon ignoró la petición de ella de hablar en español.

Había decidido contarle a Ewan que era su tío, y que debía regresar a Escocia con ellos para ocuparse de las propiedades que había heredado de su madre.

—Mi hermano Lorenzo me ha revelado en varias cartas que Ewan ya no tiene nada de escocés. ¿Cómo se tomará las revelaciones sobre su madre?

Marina observó que su marido apretaba los labios y entrecerraba los ojos. Él, se había ocupado personalmente de la herencia de su hermana Sienna McGregor, y de las familias que habían quedado a su cargo en Dunnett.

—Es lo justo —respondió—. Trataré de suavizarlo lo máximo posible, pero ya es hora de que Ewan conozca sus raíces, y las obligaciones que tendrá como laird de Mòrpradlann.

Marina se quedó de pronto pensativa. Serena y Nicholas pasaban la mitad del año en Inglaterra y la otra mitad en Escocia. Su hija se estaba entrenando a conciencia para ser el día de mañana la líder de los McGregor. Ian y María hacían lo propio, sobre todo porque habían cambiado su residencia habitual de Deveron House en Edimburgo por Knockfarrel al norte, Morgana le había cedido el control de todo a su único nieto.

Marina y Brandon se pasaban parte del año viajando a Lumsdale Falls para disfrutar de sus nietos ingleses, esos niños maravillosos que le alegraban la vida, que eran todo su mundo, y que habían logrado un imposible: que el ogro escocés se convirtiera en cachorrito manso. También visitaban a menudo Knockfarrel, donde las discusiones con Morgana y el laird de Ruthvecastle eran el pan nuestro de cada día.

—De verdad que tengo unas ganas increíbles de ver a mi hermano Lorenzo —confesó Marina.

La emoción le salía por los poros de la piel.

—Han sido cinco largos años —apuntó Brandon que ahora la miraba sin un parpadeo, lo que le provocó a ella cosquillas en el estómago.

—Nuestros hijos nos necesitaban —susurró rendida.

Entre Ian y Serena habían conseguido darle un total de siete nietos. Esos niños eran su vida, de ella y del laird.

—Nos van a necesitar toda la vida —respondió Brandon con una mueca de burla en sus ojos verdes.

Marina se lamió el labio inferior coqueta.

—Te recuerdo que me prometiste pasar largas temporadas en Córdoba.

Brandon lanzó un gemido lastimoso. Estaban en mayo, y él ya no soportaba el calor.

—Te di mi palabra y la cumpliré —afirmó con voz ronca.

Pero Marina ya no pudo responderle porque el carruaje se había detenido en la puerta de Zambra, aunque nadie salió a recibirlos.

—¿Habrá recibido mi hermano el mensaje que le envié? —se preguntó Marina en voz baja, pero Brandon la había escuchado.

El laird saltó del carruaje apenas sin esfuerzo, y mientras mantenía la puerta del vehículo abierta, le tendió la mano a su esposa para ayudarla a descender. De pronto, la puerta de Zambra se abrió, y una batería de sirvientes hicieron la fila de honor. Lorenzo Del Valle salía al encuentro de ellos cargando un niño de tres años en los brazos. Otro más grande bajaba las escaleras chillando y riendo al mismo tiempo.

—¡Marina, lo lamento! —se disculpó el conde—, pero acabamos de llegar de la hacienda.

Al ver a los desconocidos, el niño, que no debía de tener más de cuatro años, se agarró a la pierna de su padre. Dejó de gritar y reír de inmediato.

—¿Qué ha pasado con el servicio? —le preguntó la hermana—. No conozco a nadie.

Lorenzo le mostró una mueca bastante graciosa.

—Ya te pondré al día.

Así, sin preguntar, Lorenzo le pasó el niño que sostenía en los brazos a su cuñado Brandon mientras abrazaba con mucho cariño a su hermana.

—¡Bienvenida a Zambra!

Marina se dejó querer. Era su hermano, la mitad de su vida, y la emoción le pudo. Terminó llorando a mares por el encuentro.

Brandon optó por escudarse tras el pequeño que sostenía porque, si había algo que no soportaba, era el llanto de Marina. El niño pelirrojo lo miraba muy atento.

—Hola renacuajo, soy tu tío...

Al escucharlo, Lorenzo soltó a su hermana y le tendió la mano a su cuñado. Roslyn acababa de asomarse a la puerta.

—Lorenzo, ¿por qué los mantienes en la calle?

Marina alzó la mirada hacia su cuñada que sostenía un bebé en los brazos.

—No tengo perdón —se excusó Lorenzo—. Por favor, pasad, estáis en vuestra casa.

Cuando Marina cruzó el umbral de la puerta hacia el interior, se percató de los cambios que se habían operado en la propiedad, y le gustó porque Zambra rezumaba vida. Roslyn le pasó el bebé a su esposo, y se lanzó a los brazos de su cuñada con auténtico entusiasmo.

—¡Estoy tan feliz!

De la biblioteca salía un hombre rubio de ojos azules que los miraba un poco cohibido. Marina supo que se trataba de Ewan.

—¡Cómo ha crecido la familia! —exclamó Marina.

Brandon seguía con el pequeño en los brazos. El niño lo miraba atento.

—Permíteme que te presente a nuestra gran familia —se adelantó Roslyn—. Este muchachito que se esconde tras su padre, es Álvaro —Marina miró al niño con una gran sonrisa.

Era pelirrojo como la madre.

—Hola, Álvaro.

—El que sostiene tu esposo, es el pequeño Lorenzo —continuó Roslyn con gran entusiasmo—. Y el bebé que sostiene tu hermano es nuestra pequeña Rosa.

Marina ya no pudo contenerse. Tendió los brazos a su hermano para que le entregara a la pequeña. Y cuando la tuvo en sus brazos, la mujer lanzó una exclamación de deleite. Sus tres sobrinos tenían el cabello rojo y los ojos claros.

—¡Le habéis dado mi nombre! —la hermana estalló de nuevo en llanto.

El rostro de Roslyn era pura ternura.

—Hemos preparado un gran banquete de bienvenida —siguió informando—. En realidad, lo tenemos todo preparado para vuestra estancia desde hace semanas.

Lorenzo ya precedía a los invitados hacia la biblioteca. A Marina le encantó que los niños los acompañaran. Salvo el mayor, que parecía más retraído, los otros dos se mostraban alegres y confiados.

—Hola Ewan —lo saludó ella.

El hombre al fin sonrió.

—Bienvenida, tía Marina —con afecto la besó en ambas mejillas.

Brandon lo saludó en gaélico, lo que provocó que la sonrisa de Ewan se borrara de inmediato.

—Lo lamento, no hablo gaélico —se excusó.

Pero el niño que sostenía Brandon en los brazos, el pequeño Lorenzo, le sonrió, y, con su lengua de trapo, le contestó en gaélico.

Brandon soltó una sonora carcajada.

—Al menos no está todo perdido...

Copyright ©2020 Arlette Geneve

Designed by: ©Igor-rand/Unplash

Sello: Independently published

Derechos exclusivos de ediciones en español para todo el mundo. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.